Por qué, por qué, como en mejores días
No consolais vosotras mis pesares?
Oh! los que no sabeis las agonías
De un corazón que penas á millares
Ay! desgarraron, y que ya no llora,
Piedad tened de mi tormento ahora!

Oh dichosos mil veces! sí, dichosos
Los que podeis llorar: y ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura!
Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazon gimiendo de amargura.....!
Tambien tu corazón hecho pavesa,
Ay! llegó á no llorar, pobre Teresa!

¿Quién pensára jamás, Teresa mia,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensára jamás llegase un dia
En que perdido el celestial encanto
Y caida la venda de los ojos,
Cuanto diéra placer causára enojos?

. . . . . .

Y llegaron en fin. Oh! quién impio
Ay! agostó la flor de tu pureza!
Tu fuiste un tiempo cristalino rio,
Manantial de purísima limpieza:
Después torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque en fin de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

. . . . . .

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caido,
O mujer nada más y lodo inmundo,
Hermoso sér para llorar nacido,
O vivir como autómata en el mundo.

Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abrasára con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luégo.

Brota en el cielo del amor la fuente,
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana;
Mas, ¡ay! huid, el corazon ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un dia
En que enredado en retorcidos lazos
El corazón, con bárbara porfía
Lucheis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años, ay! de la ilusion pasaron;
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de obscuridad vistieron;
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afan tanto y tan soñada gloria
Solo quedó una tumba, una memoria.

Pobre Teresa! al recordarte siento
Un pesar tan intenso! Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mio:
Pára allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazon punzante frío,
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde, vil polvo, tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino
Cuando llegabas misera á perderte,
Y era llorar tu único destino,
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino!...
Feliz! la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez angel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,
Arido el corazón, sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los aquilones;
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazon secaron las pasiones:
Tus hijos, ¡ay! de ti se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido;
Único desahogo en tu quebranto,
El histérico, ay! de tu gemido:
¡Quién, quién, pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta,
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

. . . . . .

Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Aridos ni una lágrima brotaban;
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices cambiaban;

Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusión te abandonaban,
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura.

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento;
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía,
Tus hijos, ¡ay! en tu postrer momento
A otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando.

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oiste
Dentro de tí, gritándote severa;
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste.

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,
Morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano, con los ojos fijos,
Y extendiendo tus brazos á tus hijos.

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!. ... ¡Ay! yo entre tanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiente el sol: la primavera
Los campos pinta en la estacion florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?»

Uno de los biógrafos del poeta—y, por cierto, de los menos malos—el Sr. Barcia, ha dicho, comentando la célebre elegía: «La pesadumbre de un recuerdo enlutado no encontró jamás sonidos tan armoniosos en la conciencia de un hombre culpable. Cierto canto de *El Diablo Mundo*, no es la sombra de una mujer, sino la apoteósis de un remordimiento. Y ¿quién niega un perdón bajo el hechizo de una apoteósis?» Nadie, en efecto. A los poetas se les perdona todo, y para cubrir piadosamente las debilidades amorosas de los poetas doloridos, el lector indulgente dispone de una capa parecida á aquella con que los hijos de Noé cubrieron un día las desnudeces de su padre..... La posteridad ha perdonado á los que fueron víctimas, menos de sus arrebatos que del odio de la sociedad á todo lo que exceda de los límites de la vulgaridad común. Pero ellos, los interesados en el pleito amoroso ¿se habrían perdonado mútuamente? No parece esto muy seguro... Si en ese mundo ultra-terrestre que las religiones han creado, se han encontrado estos dos seres, probablemente en ese mundo habrán vuelto á reñir...

Se ha contado que Byrón, en su juventud, ama-

ba á una señora de Florencia. El marido se entera, está celoso y mata á su mujer. Mal hecho. Pero él mismo es encontrado muerto, en la calle, la noche siguiente. ¿Quién le ha matado? No se sabe. Pero Byron sale de Florencia, y desde entonces no consigue vivir en paz. Espectros le persiguen. Astarté, en *Manfredo*, es el fantasma de la Florentina. *Manfredo* mismo, es la encarnación del remordimiento de Byron. En la elegía de *El Diablo Mundo*, no hay nada de esto... Hay, sí, entre esa gran auto-apología, un inmenso dolor, un infinito desconsuelo y una desesperación muy natural al ver morir en tanto duelo y en tan horrible desamparo á la mujer querida. Pero el «hombre culpable» á que ha aludido el biógrafo citado últimamente, según lo que reza la elegía, no es el autor, y los remordimientos de que habla, no son los suyos...

No han de emitirse aquí opiniones sino apoyándose en noticias que se pueden tener como «oficiales.» Don Patricio de la Escosura, amigo y pariente del autor de *El Diablo Mundo*, ha dicho con toda claridad que el *Canto á Teresa* no es un desahogo del corazón de Espronceda, como el poeta había afirmado, «sino de su rencor, quizá justo». Fuesen los que fuesen los motivos de este quizá justo rencor, es indudable que el poeta no debió nunca prescindir de su propia responsabilidad, ni olvidar que no tenía derecho, al cambiar para él las circunstancias, á encontrar en Madrid vituperable lo que en Londres encontró poético..... Y hay que

sonreir con indulgencia cuando le vemos dirigirse al ex-ángel de luz, para preguntarle blandamente, con inconsciencia encantadora:

...«Quien impío
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?»
.....
...«Quien te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?»

El caso de Byron y de sus relaciones con su esposa ha quedado en la historia de las letras como un ejemplo muy hermoso de grandeza moral. Jamás hombre alguno pudo tener de una mujer resentimientos más legítimos. Ella odiaba al poeta; hablaba de él con un furor inextinguible é insaciable; entabló contra él enérgica demanda de divorcio; se negó en absoluto á toda reconciliación con él; se burló, despiadada, de sus protestas amorosas, de sus explicaciones más sinceras, de sus frases leales; fué la causa de que el gran poeta dejase para siempre su país, cargando con la maldición de la hipócrita y dura sociedad inglesa... Y sin embargo, Byron, próximo á partir, escribió aquel tierno é inmortal «¡Adiós!» que hacía exclamar á madama de Staël: «Yo quisiera haber sido desgraciada como lady Byron y haber inspirado á su esposo los versos que él la hizo».

Pero el opinar discretamente sobre las pasiones del vecino, es sin duda muy cómodo, y hay gran distancia ciertamente entre la realidad y la teoría. En nuestro entusiasmo por los seres á quienes

juzgamos superiores al rebaño de la humanidad, tal vez desearíamos contemplarlos, en todos los momentos de su vida, siempre á la misma altura. Nos figuramos que son héroes, y héroes sin interrupción, y á veces nos desilusiona el sorprenderles en posturas que se nos antojan antiartísticas, y el ver su verdadero rostro, mohino ó despechado, en aquellos momentos en que la leyenda, mal informada, les adornó con ademanes soberbios y olímpicos..... Es que interpretamos falsamente el llamado heroísmo. Todos los hombres son igualmente susceptibles del agotamiento fisiológico, de las flaquezas y debilidades, y no hay más que horas de heroísmo en la vida de los más heróicos...

«El poeta—dice Menéndez y Pelayo—en su calidad de tal, tiene algo de irresponsable, como los reyes de las Constituciones modernas.» Heine decía también: «El pueblo puede matarnos; pero no puede juzgarnos». No juzguemos, pues, al gran poeta, al poeta de la Juventud, y si encontramos en su vida alguna flaqueza censurable, pensemos para consolarnos que un Espronceda sin temperamento, un Espronceda muy juicioso y bien equilibrado, no hubiese escrito la gran página, joya de la literatura, que se conoce con el título de *Canto á Teresa*.

CAPÍTULO X

El «Sancho Saldaña» primitivo y el «Sancho» ensanchado.

A principios del año de 1834, por haber leído en un banquete ciertas estrofas subversivas, fué nuestro poeta condenado á sufrir la pena de destierro en la población de Cuéllar, de la provincia de Segovia. En este pueblo humilde, patria del cronista Antonio de Herrera, Espronceda, para entretener sus ocios, escribió una novela titulada *Sancho Saldaña ó El Castellano de Cuéllar*, que publicó en el mismo año y que forma un volúmen en 8.° de muy escasas hojas. La edición, que es muy pobre, se hizo en Madrid, en la tipografía de Repullés, y debajo del título se lee: «Novela histórico-original del siglo XIII».

Los literatos de aquel tiempo lo ensayaban todo, y Espronceda, como los demás, fué también novelista. Pero los novelistas españoles que florecían por esta época, desdeñando las buenas tradiciones de la novela realista española, cultivaban la novela histórica ó, por mejor decir, caballeresca, si-

guiendo el estilo de Walter Scott, y tomando asunto de casos de nuestra historia patria. Trueba y Cosío, escritor montañés que había vivido en Inglaterra, fué quien introdujo entre nosotros la afición á este linaje de composiciones, escribiendo él mismo en idioma inglés novelas históricas que después hizo traducir en lengua castellana.

Martínez de la Rosa se ensayó también en este género y compuso en *Doña Isabel de Solís* una obra estimable por el primor del estilo, aunque poco leída, por no elevarse en ella la fantasía del novelista á la altura á que se eleva el escritor por su lenguaje.

El moro expósito, del insigne Angel de Saavedra, obra tomada de los romances y tradiciones sobre los *Siete infantes de Lara*, viene á ser una novela histórica en verso, sólo comparable á otras que Walter Scott escribió en verso también.

Ya antes del año 20 había comenzado á despuntar en Barcelona lo que luego se llamó romanticismo. Durante el período constitucional de los tres años, publicaron López-Soler y Aribau una revista, *El Europeo*, donde quizá por primera vez sonó en España la palabra *Estética* y donde se insertaron algunas leyendas caballerescas del género *walter-scottiano*. En 1833, un editor de Barcelona, Bergnes, contribuyó á difundir las aficiones románticas publicando traducciones de casi todas las novelas de Walter Scott, y algunas imitaciones de las mismas hechas por López Soler y otros.

Pero en Madrid les había tomado la delantera el

joven Patricio de la Escosura, alférez entonces del escuadrón de artillería de la Guardia Real, que publicó en 1832 la novela *El conde de Candespina*, inferior, sin duda, á *Ni Rey ni Roque*, que escribió más tarde.

José García Villalta, el autor del prólogo á las *Poesías* de Espronceda, escribía novelas en inglés, como Trueba y Cosío. Y también son de este período las novelas del infortunado Jacinto de Salas y Quiroga, y la del poeta Enrique Gil, *El Señor de Bembibre*.

En 1835 publicó Larra *El Doncel de D. Enrique, el Doliente*, obra de mérito absoluto y que tiene además el mérito histórico de llevar como nada el sello de la época en que se escribió, si bien muchos opinan—y Ticknor entre ellos—que el carácter del Marqués de Villena es completamente falso. Pero así y todo, *El Doncel*, de Larra obtuvo tanta estimación que mató, en absoluto, á la novela de Espronceda, que había aparecido el año antes, y la que sin duda hubiera sido la mejor de aquel tiempo á no coincidir con *El doncel*.

Walter Scott, en cuyas obras novelescas hubo de inspirar la suya el desterrado de Segovia, se imponía en todas partes. El novelista escocés, lleno de fantasía poética, muy erudito en historia y en arqueología, en especial de su patria, y dotado de perspicacia singular, de algo como una segunda vista para penetrar en lo pasado, debe tenerse como creador de un nuevo género de literatura: la novela histórica, donde, sobre el cuadro ó fondo de aconteci-

mientos reales, bordaba la imaginación personajes imaginarios y una serie de sucesos fingidos, enlazados discretamente con la historia misma, con lo cual se abría ancho campo para el estudio de la vida social, usos, costumbres, ideas, creencias y preocupaciones de la época que se trataba de describir. Este nuevo género de composición poética, aunque con más frecuencia que en verso estuviese en prosa, tuvo grande influjo y muchos imitadores así en Inglaterra como en el continente, y bien cabe asegurar que, transcendiendo de la novela á los más serios estudios históricos, produjo cambio y mejora en ellos, y casi creó una escuela de historiadores, de la cual son en Francia representantes brillantísimos Barante y ambos Thierry.

Para imitar con éxito á Walter Scott, un novelista español está en condiciones excelentes. La historia de España es un vivero de asuntos admirables. Cuéntase que Walter Scott, después de haber leído las *Guerras civiles de Granada*, de Pérez de Hita, en los últimos años de su vida, dijo que, á haber conocido aquella obra algún tiempo antes, hubiese colocado en España la escena de todas sus novelas. España, sin embargo, no ha tenido, no ya un Scott ó un Herculano, mas ni siquiera un Dumas, pues no lo fué, ni mucho menos, nuestro Fernández y González. ¿Será tal vez que *Don Quijote*, al matar los libros de caballería, mató asimismo y de rechazo la novela histórica?.....

Con el asunto que eligió Espronceda, ¡qué no hubiese hecho el gran talento de Walter Scott! . . .

El poeta español, en Cuéllar desterrado, paseando por las cercanías de la pintoresca población, tan importante en otro tiempo, debió fijarse alguna vez en los torreones arruinados de un viejo castillo que aun se ven hoy, sobre una altura, á la izquierda y en medio del camino de Olmedo á Cuéllar. La vista del histórico castillo le inspiró, sin duda, la novela, cuyo protagonista, Sancho Saldaña, es uno de los defensores de Sancho, el bravo, hijo rebelde y ambicioso de Don Alfonso X.

Las conquistas de los dos reyes de Aragón y de Castilla, D. Jaime y Fernando el Santo, habían reducido la potencia sarracena á los últimos rincones de la Península, siguiendo á estos reyes la victoria por todas partes, y estendiendo la fe y las armas cristianas con sus nuevos triunfos.

Pero estas guerras, si bien aumentaron las fuerzas de los cristianos, enflaquecieron al mismo tiempo las de los reyes, no habiendo perdonado particularmente el de Castilla, medio alguno para conseguir su loable empresa de librar á toda España del yugo árabe, y habiendo consistido estos en aumentar los fueros y preeminencias de la nobleza, para que con mayor empeño le socorriesen.

El orgullo de aquellos hombres, criados en las armas, y belicosos por naturaleza, creció de punto desde entonces, de tal manera, que cada uno pensó igual su autoridad á la de su rey, y aún los hubo que se creyeron con derecho á vengar con las armas los agravios que de él recibieran, é incitaron los pueblos á la rebelión. Así que, cuando

convenía á su interés ó engrandecimiento, se aliaban unos con otros, dejando aparte sus diferencias particulares, y hacían temblar al monarca en su mismo trono, como sucedió últimamente á D. Sancho, quien, á despecho de su genio é intrepidez, tuvo que sosegar á buenas, y aún adular el orgullo del revoltoso D. Juan Núñez de Lara por miedo de su influencia.

Con hombres tan poderosos y pueblos avezados á sus antiguos usos, y á seguir el movimiento de sus señores, tenía que lidiar Alfonso el Sabio al ceñirse la diadema de sus antepasados.

Sus leyes, admiradas de las naciones extrañas, y seguidas hasta hoy mismo en la nuestra, hallaron entonces tantos obstáculos, cuanto que todos temían que á su sombra el rey atropellase sus antiguos fueros y sus franquicias.

El pueblo no consideró que de ellas emanase acaso su emancipación de los derechos del feudalismo; todos las miraron como enemigas, y el vulgo bárbaro y lleno de supersticiones, ora ridiculizaba á su rey, ora llamaba inquietud á su sabiduría.

Añadióse además que las contínuas guerras de su padre, habiendo agotado los tesoros reales, Alfonso X se vió obligado á remediar de algún modo la escasez de metálico que se sentía. Aumentó el valor de la moneda que mandó labrar, siendo de menos peso que la que había corrido hasta entonces, lo que poniendo impedimento en el cambio, fué una de las principales causas del descontento general que se manifestó en su reinado.

Tacháronle de avaro, siendo así que nunca ha habido rey más espléndido, y le motejaron de injusto, cuando fué el primero en España que fijó el modo de administrar justicia.

En todas estas murmuraciones, de que nuestro historiador Mariana hace cuenta, casi para acriminarle, tenía sin duda más parte la envidia y el interés sórdido de algunos particulares, que la verdad; pero esparciéndose por los pueblos disponían el ánimo de muchos en contra suya, y como de la murmuración al desprecio no hay màs que un paso, y de sentirlo á manifestarlo nada, bien pronto este rey, que podría citarse como modelo, se halló envuelto en discordias civiles, vió á su familia aunarse contra él, y oyó victorear al principal rebelde, su propio hijo, con el título de rey, que le concedía antes de tiempo la adulación.

La muerte del primogénito D. Fernando fué el motivo de esta última desgracia, que puso en término al sabio y desventurado monarca de acogerse al mayor enemigo de los cristianos, el rey de Marruecos, para que le ayudara contra don Sancho. Este príncipe, que estaba por otra parte dotado de grandes prendas, apenas había muerto su hermano forzó, por decirlo así, á su padre, á que le reconociese por heredero, con perjuicio de los dos de la Cerda, hijos del príncipe primogénito.

No es este tiempo de disputar si la corona le tocaba á él, ó pertenecía de derecho á los nietos de D. Alfonso; pero no se puede dejar de decir que D. Sancho, mostró demasiada codicia de poseerla.

Su bravura, su liberalidad, su cortesanía y buena maña influyeron de tal manera en los ánimos de los castellanos, que la mayor parte siguieron sus estandartes, y así los nobles como los eclesiásticos de más nota abrazaron su partido, formando con él una especie de comunidad, como manifiesta el acta de lo resuelto en las Cortes de Valladolid el año de 1282.

Sus hazañas, y sobre todo la fortuna, que como decía Carlos V, gusta más como mujer de favorecer á los jóvenes que á los viejos, hizo de modo que el mayor número se declarase en contra de la razón, y que apesar de los esfuerzos de D. Alfonso, y de la excomunión lanzada contra el mal hijo por el pontífice, la victoria diese al fin el color de la justicia á las pretensiones de Sancho el Bravo.

Murió en estas agonías D. Alfonso, y sus nietos quedaron excluidos de la corona, habiéndoles obligado á vivir en Játiva por un convenio hecho con el rey de Aragón; y D. Sancho, que hasta entonces por burla ó hipocresía, se había contentado con el título de infante mientras vivió su padre, subió al trono después de haber hecho enterrar suntuosamente como rey, al que había arrebatado la corona mientras vivía.

Quedó España, como es de suponer, al cabo de esta discordia, tan trastornada y revuelta, que al principio del gobierno de Sancho puede decirse reinaban en su lugar, más que sus órdenes, los furores de la anarquía.

Los odios más inveterados renacían en el tras-

torno de la revolución; renováronse las pretenciones de la ambición, y los robos, los desórdenes y todos los crímenes juntos hallaron ancho campo en que desplegarse, habiendo incendiado la antorcha de la discordia, desde el palacio del soberano, hasta el pacífico hogar del labrador.

Bastaba que una familia se declarase por un partido para que la otra se decidiese por el contrario; así que la guerra seguía aún después de la muerte de D. Alfonso, y cada castillo, cada pueblo era un campo de batalla, donde á la sombra del interés público combatían el rencor, la codicia y la ambición de algunos partidos.

Las hordas de ladrones que infestaban los caminos descaradamente, estaban protegidas de oculto por los señores que se valían de ellos para las acciones que un resto de vergüenza les impedía cometer á las claras, haciendo instrumentos de su amor ó de su venganza á la escoria de la sociedad.

Sobre este fondo histórico se desarrolla la acción de la novela, que se divide en 11 capítulos, llevando cada uno como epígrafe, según la costumbre de la época, algún pensamiento recogido en nuestra literatura clásica, con lo que Espronceda demostró que, aunque aparentando desdeñar la erudición y la cultura, había leído mucho y bien.

Son tan visibles en la obra el desaliño, el abandono y la pereza intelectual del escritor, que no sin visos de razón han opinado algunos que *Sancho Saldaña* no es, en realidad, novela, sino colección

mal hilvanada de apuntes y diseños. Ya se ha dicho, al discurrir ligeramente acerca de *El Pelayo*, que en las obras de empeño, Espronceda flaqueaba. No es mucho que se advierta en la novela el mismo defecto capital que en toda la obra literaria de este escritor desordenado, á quien el orden aburría, según él mismo confesaba en satíricos versos.

Á esto se junta la tendencia á rodear de sombras y misterios el alma de los personajes que en la obra figuran. El protagonista, «rodeado de crímenes, entregado á un solo pensamiento en el mundo, lleno de hastío, ansioso de algo que no podía encontrar, desasosegado en el sosiego, agitado de tristes imaginaciones, y, finalmente, cargado de penosos remordimientos que sin cesar le seguían y atormentaban en todas partes,» es un pariente próximo de los héroes de Byron. Son también «byronianas» algunas figuras secundarias, y hasta en la misma obscuridad que envuelve algunos episodios y, singularmente el último, de la novela, se ve la influencia del autor de *Manfredo* y de *Lara*. Como algunos poemas del satánico lord, la novela termina entre las sombras, y el lector no queda satisfecho con el misterioso desenlace, lo que ha dado motivo á sospechar--sospecha infundada ciertamente--que Espronceda publicó la obra antes de haberla concluído.

Claro es que la obra de autor tan insigne, aún siendo en general bastante floja, había de tener forzosamente su marca de fábrica. El conflicto dramático, nacido de la pasión ardiente que inspi-

ra á Saldaña doña Leonor de Iscar, y del desvío de ésta, es más viejo que el mundo; pero el autor se da tal maña, que sólo por este conflicto, la obra interesa.

Además, Espronceda había estudiado tan á fondo el siglo XIII, con su mentalidad y sus costumbres, sus vicios y sus supersticiones, que se le puede diputar por un discípulo excelente de Walter Scott, no juzgado éste, por supuesto, con el rigor de un Taine.....

Después de haber leído la novela, quedan en la memoria impresos los mejores pasajes; por ejemplo: de la primera parte, el encuentro de Usdrobal con el Velludo en las riberas del Adaja; la presentación de la partida de bandoleros que merodea por los contornos; el combate descomunal de Usdrobal con el catalán Urgel; la pintoresca descripción de la cacería en que lucen su arrojo y gentileza Hernando y Leonor; la visita de Sancho al castillo de Iscar, con el objeto de solicitar del soberbio Don Jaime la mano de su hija; el diálogo de Saldaña con el paje Jimeno en una de las salas del castillo de Cuéllar; y el duelo bárbaro y terrible del audaz raptor con el hermano ofendido. El conflicto que obliga á Leonor de Iscar á optar entre el desposorio con el aborrecible Sancho Saldaña y la muerte de su propio hermano; la delirante pasión de Zoraida, la mora, y algo también de lo que hacen y dicen Usdrobal, Nuño y el Velludo, animan con colores trágicos la última parte de la novela.

De ella ofrecemos al lector, para darle una idea de las apreciables condiciones de Espronceda como novelista, las páginas siguientes:

«Tal era la situación del país cuando D. Jaime de Iscar se retiró á este castillo, no habiendo querido doblar la rodilla delante del nuevo rey, como habían hecho el mayor número de los partidarios de D. Alfonso, y haciéndose tachar de sus enemigos como defensor oculto de los de la Cerda.

De todos sus señoríos sólo había conservado este castillo, habiendo perdido el resto de sus posesiones en el tumulto de la guerra civil.

Quedó, pues, arruinado y declarado rebelde por el partido del vencedor, y el viejo caballero, que había seguido constantemente la suerte de Alfonso el Sábio, recibió por premio de su lealtad el sentimiento de verse al fin de sus años sin tener más que dejar á su posteridad que el esplendor de su sangre, y el mucho más brillante aún de una larga vida gastada en defensa de su patria y de la causa noble de la justicia.

Dos hijos que tenía, y algunos veteranos llenos de heridas y cubiertos de canas en su servicio, fueron los únicos compañeros de su destierro.

Su hijo mayor, Hernando, tenía entónces veinte y tres años, y había hecho sus primeras armas en la última revolución, y al lado de su anciano padre.

Su juventud, su valor, y el porte y continente de su persona hacían que el generoso D. Jaime fundase en él las esperanzas de su casa y la gloria de su nombre para lo futuro: pero la ternura, el gozo de su corazón, la alegría de sus canas era una que tenía entonces diez y nueve años, y reunía á una hermosura poco común, todas las gracias de su sexo, toda la gallardía de la juventud, y un carácter tan dulce y suave como lleno de entereza y de majestad.

Era el angel consolador de los pesares de su anciano padre.

Cuando éste, poseído del descontento natural á su avan-

zada edad, y perdonable en un desgraciado, se entregaba á pensamientos tristes, la vista de Leonor bastaba á disipar enteramente sus penas, y una caricia de su hija era para su corazón el rocío de la tranquilidad, que renovaba el brío de su alma, marchita por los años y las desgracias. Pero como al fin la mano de la muerte

Nos corta á todos de vestir un paño,
sin hacer diferencia en la medida,

como dice uno de nuestros poetas, y sin que basten á ablandar su encono las lágrimas de la orfandad ni de la hermosura, las enfermedades del anciano se aumentaron por último con sus disgustos, y el día que recibió la nueva de que le declaraban rebelde, murió de pesadumbre y en brazos de sus hijos á poco tiempo de su destierro;

Quedó Leonor huérfana, y bajo la guarda y tutela de su hermano Hernando, que aunque duro de carácter, la amaba con todo su corazón.

Fortificado éste en su castillo, bien provisto de víveres, y defendido por los leales guerreros que habian seguido á su padre, no tenía que temer ningun asalto de aquellos á que estaban espuestos en tiempos tan revueltos los que eran declarados rebeldes por el partido de Sancho el Bravo.

Pero un enemigo más temible que todas las partidas de bandoleros y todas las órdenes de la corte, amenazaba turbar la paz del corazon de Hernando, el reposo de sus gentes y la seguridad de su hermana.

Un amigo íntimo, mirado ya como enemigo por la diferencia de los partidos y el rencor inherente á las revoluciones, acabó de convertirse en enemigo mortal de su tranquilidad.

El señor de Cuellar. Sancho Saldaña, de quien ya más de una vez han hablado algunos personajes de nuestra historia, poseía en aquella época el soberbio castillo que hay en este pueblo, y se llamaba entónces el de la Rosa.

Era el señor más poderoso de todos aquellos contornos, estendiéndose su poder sobre la mayor parte de las pobla-

ciones que ahora forman el partido de este corregimiento hasta el Duero, cerca de Valladolid por un lado, y por otro hasta Segovia y muchas leguas á la redonda.

Su padre, que habia sido compañero y amigo íntimo de D. Jaime hasta la rebelión de D. Sancho (en que, como se ha dicho, tomó cada uno su partido), había ganado muchas de estas tierras de los partidarios de D Alfonso, entrando en ellas á fuerza de armas, vinculándolas en su provecho, y estendiendo de este modo su poderío.

Así por esto, como por haber sido ántes amigos y no haber seguido contra su opinión las armas de D. Alfonso, cobróle tal aborrecimiento el viejo D. Jaime, que el nombre de Saldaña era para él más villano que el del mas ínfimo bandolero, y, llevado de su tenacidad, se negó á oir cuantas proposiciones de paz le hizo en todas ocasiones su compañero.

Añadíase á esto lo que del hijo, dueño absoluto ya de tan cuantiosos bienes, publicaba la fama en aquellos pueblos. Teníanle unos por asesino y cruel, otros por cobarde; tal le creía temerario, aquel le juzgaba bueno, y mientras no faltaría alguno que le tenía por generoso, otro le tachaba de miserable, y la mayor parte creían al ver su rostro, siempre tétrico y melancólico, y su amor á la soledad, que era algún demonio revestido de figura humana por algún tiempo, que sentía ver acercarse la hora en que había de desaparecer para siempre y volver á los fuegos de que había salido.

Ayudaba á creer esto, que su padre había sido enterrado secretamente, y que era voz pública que se aparecía de noche en las bóvedas del castillo, y, sobre todo, la repentina desaparición de una hermana suya, que aunque de mucha belleza y sin el ceño y cruel aspecto de Sancho Saldaña, también la habían visto siempre triste, melancólica y pálida como una estrella próxima á oscurecerse.

Añadíase además que nadie de afuera sabía la verdad de lo pasado dentro de la fortaleza, tal era el silencio que reinaba en sus habitaciones, y que todos hablaban únicamente por conjeturas, lo cual hacía que se exajerasen los hechos[é

inventasen algunos, adornándolos con tan increíbles sucesos y tan ponderados, que el pasajero se llenaba al oirlos de espanto y curiosidad.

***

El padre de Sancho Saldaña había cautivado á una mora muy jóven en una de sus correrías, que había quedado desde entónces en el castillo, y este era otro tema que daba no menos materia que los anteriores á infinitos cuentos y hablillas.

Imaginaban algunos que esta cautiva era una artificiosa bruja, que por sus encantos y sortilegios había hechizado al hijo del difunto señor de Cuellar, mientras otros aseguraban que era el genio maléfico y enemigo de la familia, disfrazado de aquel traje, que conspiraba continuamente en su destrucción.

En fin, todo era misterioso en el castillo, y todo era misterio cuanto acerca de él se hablaba en sus cercanías.

Hoy mismo al mostrar sus almenadas torres al caminante, y sus muros cubiertos de musgo donde asoma ahora el pintado lagarto su fea cabeza, ó corre la rápida lagartija, entre derribadas piedras, vestido el suelo de yerba y vil cascajo, el paisano, cuando refiere las tradiciones de este castillo, habla todavía con misterio de aquella época, sembrando su relación de fábulas y milagros.

Habian pasado Sancho Saldaña y su hermana la primer parte de su juventud al lado de Leonor y Hernando, dividiendo con ellos sus juegos con todo el candor y aquella cordialidad con que son amigos los jóvenes.

Tenía poco más ó ménos la edad de Hernando, y sus padres acostumbrados á mirar los hijos de cada uno como propios suyos, miraban con gusto el cariño que Sancho tenía á Leonor, prometiéndose uno y otro á sí mismos unirlos en cuanto llegasen á la edad precisa, si seguían como hasta entónces mirándose con afecto.

Cumplió Leonor catorce años, y Sancho tenía diez y ocho, cuando cesando los juegos y la confianza de niños, entró á galantearla ya como caballero, mostrándose sun-

tuoso en festejos, y haciendo en su honra sus primeros hechos de armas.

Era entónces Saldaña el jóven más bizarro y galan de la corte, el de más donaire en las danzas, más arrojado y venturoso en las armas, como Leonor era entre las damas la gala y la flor de la hermosura y la gentileza.

No podia menos Leonor de ver con gusto su nombre en mil cifras, célebre ya en los torneos, oir con placer mil músicas y trovas en su alabanza, y saber que era envidiada de las hermosas; pero ya fuese por falta de sensibilidad, ya, lo que es mas probable, á causa de sus pocos años, se contentó de mirar con agrado los obsequios de Sancho Saldaña, sin sentir por él otro afecto que el de la amistad, y el que concede el amor propio de una dama lisonjeada.

Con todo, nadie habia que no creyese tan efectuada esta unión como si hubiesen recibido ya la bendicion de la Iglesia, y sin duda habria sido así si la rebelion de D. Sancho contra su padre no hubiese separado las dos familias, llevándolas, como hemos dicho, á diferentes partidos, deshaciendo sus planes para lo futuro, y dejando burladas sus esperanzas y las de los que, dando todo por hecho, habian asegurado más de una vez que habian visto los contratos matrimoniales.

Todo cambió desde entónces, y habiéndose retirado padre é hijo á su castillo de Cuellar, este ultimo conoció allí á Zoraida (que era el nombre de la cautiva) y quedó por ella perdido de enamorado.

Olvidó, pues, á Leonor, olvidó todo, y en menoscabo suyo se entregó á su nueva pasión con tan desenfrenada locura, que no hubo crímenes que no cometiesen sus arrebatos, de cualquier género que puedan imaginarse, ciego con los hechizos de aquella mujer, que no parecía complacida sino teniéndole siempre al borde del precipicio.

Rodeado de crímenes, entregado á un solo pensamiento en el mundo, lleno de hastío, ansioso de algo que nunca podia encontrar, desasosegado en el sosiego, agitado de tristes imaginaciones y finalmente, cargado de penosos remordimientos que sin cesar le seguian y atormentaban en

todas partes, llegó, en fin, á hartarse de la ponzoña que en copa de oro le presentaba la máscara del deleite, y á odiar el fatal objeto de sus amores con tanto más aborrecimiento y mas furia cuanto le había amado con mas delirio.

Volvió en sí, y no pudiendo encontrar nada que bastase á satisfacer sus deseos, á consolar su tristeza, á hacerle olvidar sus remordimientos, se halló en la flor de su edad con un alma árida como la arena, y velado ya su rostro con la sombra de los sepulcros.

En vano buscaba en las diversiones que su opulencia podía ofrecerle el alivio á sus penas, que deseaba.

La música servía solo para entristecerle, los cantares mas alegres, las trovas mas dulces le fastidiaban, la alegría de los bailes le inspiraba el despecho, y el lujo de los torneos, las voces, el rumor del gentío y los ojos de las hermosas eran para él vastos desiertos donde se perdía sin hablar con nadie, solo siempre con sus pensamientos en medio de la multitud.

Se hubiera creído al verle distraído, melancólico y solo en medio de los placeres, que era la sombra de un hombre que vagaba acá y allá sin destino, ó una estatua sepulcral arrancada de la tumba que adornaba, é impelida de algún resorte oculto que la movía.

La pasion que había tenido á Zoraida había agotado en su corazon las fuentes del sentimiento, y sólo le había quedado fuerza para sufrir, y memoria para hacer eterno el gusano que le roía.

Fastidiado de los placeres, se entregó á toda clase de vicios, para sepultar en el delirio del juego ó en la embriaguez el tormento que le hostigaba.

Pero ni la ganancia le alegraba, ni la pérdida le entristecía, mientras el vino, léjos de borrar de su fantasía las imágenes de su tristeza, poniéndole en el estado de inercia absoluta á que reduce este vicio generalmente, ó comunicándole el júbilo con que trastorna y alienta el ánimo mas caído, le entregaba más profundamente á todo el horror de sus pensamientos.

Entónces fué cuando siguiendo el impulso natural al

hombre do buscar su felicidad, recordó á su olvidada Leonor, propuso reformar su vida, halagó un momento sus penas con las dulces memorias de su juventud, y el recuerdo de los días en que lleno de gozo sintió el inocente fuego del amor puro á vista de su hermosura.

Nada prueba tanto el poder de la virtud como el homenage que la tributa el vicio, y el hombre mas criminal es el que admira más la inocencia, y el mas corrompido suele ver con enfado las costumbres estragadas de los demás, y gusta tanto del candor, que á veces, ya que no puede hallarlo en las personas que le rodean, exige al menos las apariencias.

Sancho Saldaña estaba ya harto de libertinage, y creyó que Leonor sólo, el encanto de sus primeros amores, podría volverle la paz que había perdido, y sintió en su pecho, ya que no su primer amor, al menos un sentimiento más dulce que los que le habian agitado hasta entonces.

Su alma se abrió al soplo de la esperanza por un momento, y la idea de un enlace dichoso que pusiera fin á su inquietud en brazos de Leonor, y en medio de caricias desconocidas todavía para él, era tan halagüeña, que á veces llegaba hasta ahogar en algun modo los gritos de su agitada conciencia.

Resolvió, pués, pedírsela por mujer á su padre, que aún vivía, y volviendo á vestir las ya casi olvidadas galas, ordenó á sus pajes y escuderos que se adornasen y engalanasen, disponiendo al mismo tiempo los mejores caballos de sus cuadras, soberbiamente enjaezados.

Un rayo de luz brilló en su encapotada frente por un momento, bien así como un rayo de sol entre las nubes de la tormenta, y la guarnición del castillo vió con asombro la mudanza que había habido en su jefe, y aquel dia fué el primero, puede decirse, que alumbró el sol el castillo.

Sólo la despreciada mora veía con despecho y celos aquellos preparativos. Sus hermosos ojos negros, en que brillaba el fuego de una osadía más que varonil, giraban vertiginosos acá y allá, y la fiereza de su altiva y pronunciada fisonomía parecía realzada con su inquietud Sus miembros

temblaban de cólera, y la sangre africana, irritada con los desprecios de su amante, hacía latir con tanta fuerza su corazón, que parecía querer saltarse del pecho.

Había sido cautiva Zoraida cuando apenas rayaba en los quince años, y era lo que podía llamarse un modelo de hermosura árabe.

De airoso continente, alta y briosa de cuerpo, su marcha era la del cisne cuando gira sereno en las aguas, y su mirada la del águila que desafía al sol frente á frente.

Sus pasiones impetuosas y vehementes daban á todos sus deseos un carácter tal de fuerza, que su voluntad había de cumplirse, ó debía ella perecer en su empeño.

Estaba acostumbrada á arrostrar los caprichos de la fortuna, y aún á veces á vencerla y á sujetarla, y esta lucha continua en que había pasado toda su vida, la había dotado de un valor á toda prueba en los riesgos y de un arrojo en sus empresas, que rayaba en temeridad.

Pocas veces había llorado en su vida, y siempre que había derramado lágrimas había sido implorando venganzas ó meditándolas.

Amaba, no amaba, es poco: deliraba, idolatraba, miraba á Sancho Saldaña como á su Dios, como á su todo, y á consecuencia de tanto amarle, su mismo frenesí, su mismo amor rayaba en aborrecimiento, de suerte que le odiaba y le idolatraba á un tiempo, y á un tiempo le arriesgaba y le protegía, le despreciaba y le defendía, buscándole y huyendo de él, insultándole y acariciándole, y sintiendo afectos tan diferentes con la misma violencia que la pasión frenética que los movía.

Tal era la mujer que había trastornado el genio, el rostro, y el corazon de Saldaña: pero que si le había precipitado en un abismo de males, no había titubeado en arrojarse con él, y que si le había llenado de remordimientos, su corazon ardia en la pasion mas arrebatada, y sin esperanza, que puede sentir mujer.

Si tal era su amor y la arrastraba á tantos desaciertos, viéndose pacíficamente correspondida ¡cuál sería su furia cuando hallase una rival que combatir, una enemiga tan te-

mible como Leonor! Supo para que eran los preparativos de su amante, penetró la causa de su alegría, y sin darle una sola queja, reprimió su ira, calló, y sin derramar una lágrima ni siquiera exhalar un suspiro, se retiró á meditar su venganza, determinada á morir ó á llevarla á cabo, imaginándola cruel, terrible y digna del ultraje que se le hacia.

El resultado probó hasta dónde llevaba sus planes el rencor con que los trazaba.

***

Sancho Saldaña entre tanto, habiendo dispuesto su comitiva, se encaminó al castillo de Iscar, resuelto á sacrificar su orgullo y á sufrir cualquiera mala razon de D. Jaime, con tal de lograr el blanco de sus deseos.

Llegado que hubo al puente levadizo, hizo sonar su trompeta y que le anunciase un heraldo, á cuya señal, habiendo respondido desde el castillo, el heraldo anunció que su amo, el ilustre conde de Saldaña, deseaba hablar en particular con el muy noble señor de Iscar, y que aguardaba allí su respuesta.

Estaba en este momento D. Jaime hablando con Leonor de lo que contaban del señor de Cuéllar, y cuando oyó su nombre no pudo contener su cólera.

—¿A qué viene aquí ese malsín, ese traidor á su rey? ¿Viene á insultarme? Se engaña, porque me quedan aún fuerzas bastantes para obligarle á que me respete. ¡Hernando!—gritó á su hijo—pon los arqueros en las almenas, y dile que yo no respondo á traidores sino con las armas.

—Pero señor, contestó Hernando, su traje y su séquito son de paz, y no sería honroso responder con armas al que se nos entrega sin ellas.

—Es verdad, y has apuntado muy bien—repuso el viejo—cuanto más que el heraldo debe ser respetado segun la ley de la guerra; me acuerdo todavía que en Sevilla, cuando estaba allí la flor de la caballería de España con el Santo rey, padre de nuestro monarca, degollamos una partida de moros que había ahorcado de un árbol á un heraldo nuestro

que llevaba á la ciudad un mensage, obrando según la ley de la guerra.

—Señor, ¿que mandais que se le responda?, interrumpió respetuosamente su hijo.

—El padre de ese muchacho estaba allí entónces—continuó el buen viejo como distraído—y por cierto que era una de las buenas lanzas que habia... ¡Ah!... sí, se me olvidaba—repuso volviendo en sí—nada, que se vayan, que aquí no tienen que hacer; que se vayan, y cuanto ántes.

La respuesta era tan, definitiva que nada quedaba que replicar: pero Leonor, considerando los peligros á que se exponia su padre haciendo este desaire á Saldaña, determinó sacar de él una respuesta mas dulce, y que no se expusiese para lo futuro á los riesgos que cualquiera indiscreción podría atraer sobre ellos en circunstancias tan espinosas, y así añadió con voz tímida:

—Padre mio ¿y si viene á proponernos una reconciliación?

—Entre nosotros no cabe ninguna, hija mia.

Y deteniéndose un momento como pensativo, exclamó;

—Sí, que entre, que entre; quiero seguir el parecer de nuestro sábio rey D. Alfonso, que decia, que antes que sentenciar es menester oir las partes (1).

El *Sancho Saldaña*, ni aumentó ni mermó la fama de Espronceda, no muy extendida por entonces. Después, su definitiva orientación hacia la lírica, fué causa de que la novela quedase en la sombra. No intentó en ese género ninguna otra aventura. La edición de *Sancho Saldaña*, hecha por el autor en 1834 y reducida adrede á un conta-

(1) No creemos ocioso advertir que los trozos copiados, lo han sido textualmente de un ejemplar de la edición de 1834.—*(N. del A.)*.

dísimo número de ejemplares (1), fué la primera y la última.

Teniendo nosotros este dato, cuya exactitud es bien notoria, quedamos cariacontecidos al topar cierta tarde en un baratillo de libros de la feria de Atocha, con dos volúmenes tamaños como catedrales — el menor, de 822 páginas — del *Sancho Saldaña* de Espronceda. Nunca en nuestra vida de bibliófilos, habíamos debido á la fortuna hallazgo como aquel. ¡Cielo divino! ¿Era realidad lo que veíamos ó estábamos soñando? Si era un suceso milagroso ¿cómo durante tanto tiempo, lo habíamos ignorado? Espronceda, desde el otro mundo ¿había tal vez dictado la continuación de su novela á algún *medium* pagado por cualquier editor? ¿Por qué extraño fenómeno, el *Sancho Saldaña* de 1834, contrariando las leyes naturales, en vez de crecer cuando era niño, daba en 1869, á los treinta y cinco años de edad, aquel estirón inverosímil?... Según rezaba el pie de imprenta que se

(1) Los publicistas de aquel tiempo no solían excederse en la tirada de sus obras, sabiendo que el mercado literario casi no existía. El público se encerraba entonces en estrecho círculo, y el entusiasmo literario era efímero y como por moda. Los autores no hacían más que lamentarse de no ser oídos ó leídos. En Larra era esta una idea fija, tan triste, que tal vez contribuyó, tanto ó más que su despecho amoroso, para que se matara. «Escribir— exclama— como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante. Aquí no escribe uno siquiera para los suyos... ¿Quienes son los suyos? Quien oye aquí.» *(N. del A.)*

leía en ambos volúmenes, aquel milagro había ocurrido en el año de gracia de 1869, tiempo sin duda muy propicio á las libertades y expansiones de todos los géneros...

¡Por vida del diablo! ¿Á qué calentarnos el magín? Ibamos á pasar de largo y á seguir brujuleando por la feria, cuando brincó en nuestra memoria algo de *El Diablo Mundo*. Espronceda había dicho:

«Pero qué hemos de hacer? ¿No examinar,
Y el mundo que ande como quiera andar?
Pasar por todo y darlo de barato
Fuera vivir cual sandio mentecato.»

Y no quisimos «pasar por todo.» Puestos en talle de fiscales, y ganosos de encontrar una pista, tratamos de adquirir los dos volúmenes, y, tomando un aire desdeñoso, preguntamos al hombre de los libros:

—¿Qué vale «esto»?

—Ya ve usted, ¡Es de Espronceda!.....

—Eso habrá que verlo...

—¡Y con láminas!

—¿Qué vale?

—¿Cuánto da usted?

—Una peseta por cada tomo...

El librero nos volvió la espalda, no sin soltar este *ultimatum*:

—Lo último, 8 pesetas.

—¡Vengan los tomos!

Ya en nuestro poder los dos volúmenes, les dimos un vistazo. Vimos que los editores eran J. Cas-

tro y Compañía; que la impresión estaba hecha con el santo propósito de alargar el número de páginas, usando á dicho efecto letras gordas: que el papel era malo, y que las láminas, firmadas por el señor Mugica, de puro efectistas, hacían reir á carcajadas: que, si el tomo primero, con sus 822 páginas, era realmente abrumador, en cambio, el segundo no pasaba de 972; y que, en fin, la edición se había hecho para publicar la obra por entregas y á precio ínfimo. Espronceda, tan populachero, hubiese visto con encanto entrar su novela en las buhardillas y en las casas modestas. Porque el pobre poeta falleció sin haber conocido á aquella lectora interesante que, á la luz de la lamparilla de aceite, devoraba en medio de impaciencia febril, hoja tras hoja, y luego se dormía con el volumen bajo la almohada, soñando en los hechos del condestable D. Alvaro de Luna ó en las rivalidades de D. Pedro y de D. Enrique ó en las proezas de Bernardo del Carpio, esperando tal vez que alguno de aquellos héroes de guardarropía ó cualquiera de sus sucesores apareciese de súbito una tarde, para adorarla á ella, en la Puerta del Sol...

Y hojeando, como íbamos diciendo, los dos volúmenes, llegamos á nuestro domicilio. Y entonces efectuamos un careo... Conservábamos como oro en paño un ejemplar de la edición de 1834, un tomo en 8.°, flaco y raquítico, que casi desaparecía ante los dos volúmenes en 4.°, rollizos y obesos, de la edición de 1869. No ero aquello aumentar en

más ó menos páginas la novela primitiva... Era el brutal aplastamiento de una pobre novelilla enclenque por un pesado noveión. El *Sancho Saldaña* de 1834, puesto en pie, llegaba á las rodillas del Goliat de 1869.

La novela, en la edición primera, tiene solamente once capítulos; los once, en la edición segunda al pie de la letra están copiados: pero tras ellos, aparecen hábilmente cosidos otros treinta y seis, á los que se deben añadir nada menos que sesenta y ocho del tomo segundo de la misma edición. Pero entre el punto donde acaba, en el tomo primero de la edición segunda, el capítulo once, y da principio el doce, no hay fronteras de ninguna clase ni líneas divisorias. Y ocurre al lector en este asunto lo que á un gallego que paseando por las afueras de Tuy, al pasar un puente sobre el Miño, se encuentra de pronto en Portugal, sin saber que ha salido del territorio hispano...

No hacía falta sin duda ser muy lince para comprender que entre el final del capítulo XI y la parte que sigue, debía instalarse un cuartelillo de carabineros. Allí empieza, en efecto, el contrabando. Cualquiera que no sea vista de Aduanas, puede ver pasar á carretadas, la prosa fraudulenta... Y no es que ella, á fuer de mala, se dé por sí misma á conocer. Procede, al contrario, hacer justicia al anónimo continuador, quien quiera que haya sido, del *Sancho Saldaña*: entre la prosa de Espronceda, no muy cuidada ni exquisita, y la suya, no hay señaladas diferencias. Puede decirse más: el con-

tinuador es novelista, y más novelista que Espronceda. Imitando su modo de escribir—verdad es que este empeño era muy fácil, por no tener un sello propio la prosa de Espronceda—demuestra habilidad. No era posible, sin embargo, el sostener la imitación de modo tan perfecto, que no se pudiesen traslucir, en el empleo del diccionario, las evoluciones de la lengua. No se escribía en el último tercio de la pasada centuria como en el primero se escribía. Ciertos indicios y barruntos jnstificaban la sospecha de uu fraude posible. Pero además el falso autor, por pasarse de listo, cometió una pifia inexcusable: puso, como Espronceda, encabezando los capítulos epígrafes diversos, y olvidando que fingía escribir en 1834, copió una jugosa redondilla que aún no había hecho Campoamor por la citada fecha...

Podía afirmarse desde luego que había, á lo menos, un buen par de *Sanchos Saldañas*: el uno, pequeño, pero muy bien proporcionado; el otro, grandísimo, y que ponía sus pies sobre los hombros del primero, formando con él una pirámide, á imitación de las famosas de los *Xiquets* de Valls... Del segundo, Espronceda era sin duda el «menor padre»... Pero ¿quien había sido el amigo benévolo que le hiciera el favor de enmendarle el hijo que engendrara, convirtiéndole, en un periquete, de Sanchico en Sanchón?...

Habíamos ya renunciado á esclarecer este negocio, cuando un día el azar, en una tertulia literaria, colmó las medidas de la curiosidad no sa-

tisfecha, rasgando los velos que cubrían una proeza editorial, digna de cantarse en aleluyas. Un viejo escritor, al que tuvimos el honor de ser presentados aquel día, y al que confiamos en secreto el dolor que sentíamos al tener que irnos de este mundo sin conocer la historia del *Sancho* «ensanchado», nos dió la clave del enigma, y nos contó con pormenores cómo, cuándo y por qué se hizo el ensanche de la novela de Espronceda y quién fué el editor que tuvo agallas para emprender tal aventura... Lo único que resueltamente negóse á decirnos, á pesar de lo mucho que insistimos para vencer su discreción, fué el nombre del hábil escritor, cómplice ó coautor en aquel hecho tan atrevido y singular.

—Usted sabe—nos dijo—que aunque Martínez de la Rosa fué el verdadero iniciador en nuestra patria de la novela histórica, quien realmente la impuso fué D. Manuel Fernández y González. Remozó los libros de caballerías y prestó nueva vida á la tradición heróico-nacional. El autor de *El cocinero de Su Majestad* y de *Men Rodríguez de Sanabria* dominó en absoluto el mercado de su época. Hasta 1866 publicó treinta y siete novelas. Fué aquel el período de su apogeo. A fuerza de escribir novelas por entregas, pudo hasta hacerse millonario. La casa editorial de Manini le dió á ganar en poco tiempo más de un millón. La de Guijarro le tomó, durante algunos años, todo lo que escribía, á razón de cincuenta duros diarios...

—¿No habrá exageración en las cifras?...

—La prueba de que no la hay, es que el insigne don Manuel, henchido de soberbia y de fanfarronería, con la audacia propia de su temperamento de andaluz, creyendo que la capital de España era ya estrecha para él y deseando amortiguar en Francia las glorias de Alejandro Dumas, á la sazón omnipotente, trasladóse á París, donde vivió seis años, publicando folletines, siempre favorecido por su ángel bueno. Pero éste se fatigó un día de ampararle, y al restituirse á Madrid el novelador, en la gloriosa fecha de 1868, tuvo una dolorosa sorpresa: su viejo público le había sido infiel. Entonces, para ir pelechando, se puso á escribir para la hez del populacho, innumerables tomos que el editor le pagaba á veinticinco duros cada uno.

—Y fué entonces cuando continuó la novela de Espronceda...

—No: D. Manuel no figuró en este negocio. Si hablo á usted de él, es porque Fernández y González representa el instante del mayor brillo, del apogeo de la novela histórica. Por el tiempo de la Revolución de 1868, ya no estaba de moda D. Manuel: pero el género sí. Los editores, teniendo que abastecer de novelones, más ó menos históricos, el mercado de libros, no encontraban autores suficientemente populares. Y acertó á enterarse uno de aquellos por un literato, amigo suyo, que Espronceda había escrito en su primera juventud, una novela histórica muy interesante y poco conocida. Por entonces, la gloria de Espronceda, revolucionario, progresista, fustigador de los tiranos y defensor

del pueblo, era indiscutible. Y el editor, con ese olfato que caracteriza á los del gremio, en la obra del popular poeta, dada por entregas y con láminas, olió un buen negocio.....

—Y ¿podría yo saber el nombre de ese industrial inteligente?...

—Y ¿por qué no?... En la portada de los tomos está el nombre bien claro; «J. Castro y compañía, editores». J. Castro y Cerbó había sido antes un empleado muy experto en la casa de Manini hermanos, de donde salieron casi todas las obras de Fernández y González. Era un discípulo que honraba al maestro...

—Y ya sabemos que en filosofía, en artes, en ciencias y en industrias, casi siempre el discípulo exagera y ensancha la teoría del maestro. Y usted no ignora que no hay nadie más valiente y audaz, que un pichón de editor, criado á buenos pechos...

—Castro buscó y encontró un socio que aportó el capital, y estableció su industria. Fundó un periódico de Modas que dirigió la baronesa de Wilson, y publicó una gran novela que tuvo mucha aceptación y que se titulaba: *Pepe Hillo*. El éxito del *Pepe Hillo* le infundió valor para afrontar la publicación de la novela del insigne autor de *El Diablo Mundo*. Y firme en su propósito, lanzóse á la busca de un ejemplar del *Sancho Saldaña*, y en un baratillo encontró uno, al que, por cierto, le faltaban, buen número de hojas. Pero no se anduvo en chiquitas; se figuró que la novela daría

para dos tomos, la anunció, hizo la primera entrega que propagó con éxito, y se juzgó dichoso creyendo que si no encontraba nn ejemplar completo, al fin lo hallaría en la Biblioteca Nacional, y haciendo copiar lo que faltase, saldría del apuro...

—Y... ¡claro!... como en la Biblioteca Nacional no hay más obras que las de Julio Verne...

—«No precipitemos los sucesos», como decía por entonces Pérez Escrich. Cuando ya llevaba publicados diez ó doce cuadernos, Castro se fué á la Biblioteca, pidió el libro, y vió con asombro que la novela constaba de un solo tomo, y que no podía cumplir lo prometido al público ni, por ende, ganar—y esto era realmente más sensible,—lo que esperaba..... Pero no se arredró..... Se acordó en seguida de un autor, muy conocido entonces, y tomó el camino de su casa. Le contó, afligido, lo que le había pasado.....

—Y el otro, ¡claro está!, no le creería...

—El otro, era lo que se llama ahora un «obrero intelectual», esto es, un señor muy apreciable y que, por mal de sus pecados, se veía obligado á cultivar la literatura alimenticia. Oyó sin asombro la historieta del cuitado editor, el cual acabó por proponerle que continuase la novela hasta formar dos tomos que habrían de llevar, naturalmente, la firma de Espronceda: en lo escrito por éste, había también que arreglar algo, echando un buen remiendo, pues del ejemplar que había servido para hacer la edición que se estaba entonces publicando, faltaban muchas hojas...

Y en resumen, y para abreviar...

—No: no abrevie usted. La cosa es muy interesante....

—El escritor hizo presente al buen editor, al parecer acongojado, que aquello que él le proponía, era una profanación, á más de una superchería verdaderamente inexcusable. Pero el editor, no desistió de convencer al literato, llegando hasta el punto de decirle, en su suprema angustia, que estaba dispuesto á levantarse la tapa de los sesos. Ante el peligro de esta pérdida, verdaderamente muy sensible para las letras nacionales, el otro, conmovido, cedió. Ya no había tiempo que perder... No conocía aquel literato el libro de Espronceda. Leyó de prisa los cuadernos que había publicado el editor, y en un par de días trazó su plan. Y además del remiendo que hacía falta en el original auténtico, hizo las dos terceras partes del tomo primero de la edición de Castro, y dió fin al segundo, y no la emprendió con el tercero, porque era caso de conciencia para el editor.....

—De modo que el *Sancho Saldaña* de 1869, lo hizo casi todo ese señor innominado.....

—Ese señor innominado tuvo un colaborador accidental, que se encargaba de substituirle en algunas ocasiones; y son de él varios capítulos del tomo segundo. Andando el tiempo, este señor hubo de abandonar las letras, y... ¿á que usted no sabe, amigo mío, á qué se consagró?...

—Al matute, por supuesto.

—No: entró en la magistratura.....

—Y el editor, ¿ganó dinero?

—Mas que el que ganó Espronceda con todos los libros que compuso.

Yo, cuando tenía este diálogo con aquel buen amigo, era demasiado joven, y sufría horriblemente... Sufría pensando en las desdichas póstumas del mísero Espronceda, continuado como poeta lírico por D. M. Carrillo de Albornóz, que puso un rabo al *Diablo Mundo;* continuado como novelista por el señor X., y cargando con el sambenito de las improvisaciones execrables que el vulgo le colgó. Mas luego he pensado que Espronceda, excéptico y mundano, si hubiese vivido por la época en que Sancho Saldaña renació — podría tener por ese tiempo sesenta y un años y ser un viejecito amable, senador y académico — hubiese visto sin enojo la barrabasada que se hizo con su pobre novela. Y tal vez, celebrando la ocurrencia con su risa jovial, y censurando el egoísmo de Miguel de Cervantes que mató al héroe de la Mancha para que ningún otro Avellaneda le volviese á sacar al campo de Montiel, diría: «¡Qué bien hice dejando en el mundo vivo y sano á mi enamorado y valeroso castellano de Cuéllar!.... »

CAPITULO XI

En el teatro.

En la noche del 25 de Abril de 1834, se efectuó en el teatro de la Cruz el estreno de la comedia original, en tres actos y en verso, compuesta por «dos ingenios» (D. José de Espronceda y D. Antonio Ros de Olano) titulada *Ni el tío ni el sobrino.*

Del artículo crítico que le dedicó *Fígaro* en el periódico la *Revista Española,* vamos á extractar algunos párrafos:

«Esta representación nos ha probado que no basta el talento, por grande que sea, para hacer una buena comedia; cuando la mas detenida meditacion no preside al plan, cuando la demasiada confianza tal vez, ó la precipitacion hacen correr irreflexivamente la pluma del poeta, es muy de temer que el ingenio comprimido en límites harto estrechos produzca una obra descolorida y falta de vida y movimiento. *Ni el tío ni el sobrino* es, indudablemente, una comedia que se resiente de poca meditación en el plan... Hay, sin embargo, algo bueno en el fondo de la comedia hay situaciones cómicas; con alguna meditación acaso se hubiera podido sacar más partido de la idea principal. E;

diálogo nos ha parecido fluido y correcto: no carece de chistes, de viveza y naturalidad, y es buena su versificación».

En la noche del 28 de Setiembre de 1838 se representó en el teatro del Príncipe un drama en cinco actos y en prosa, original, según los carteles, de D. Luis Senra y Palomares, bajo cuyo pseudónimo se ocultaban nuestro Espronceda y su grande amigo D. Eugenio Moreno López.

Los anuncios, según costumbre de aquel tiempo, anunciaban la obra en esta forma:

«La fábula de este drama, primer ensayo en este género de un nuevo ingenio, es de libre invencion; pero la fidelidad histórica del cuadro, en las costumbres, en las creencias y en la direccion de las pasiones, retrata con escrupulosa intención la sociedad española del tiempo de Felipe IV en la mocedad de aquel príncipe, con su corte alegre y festejadora. La viveza del diálogo, lo castizo de la expresión, el realce poético del colorido, y, sobre todo, el sello verdaderamente español que distingue á este drama, hacen esperar á la empresa una favorable acogida de parte del público amante de nuestra literatura nacional. En cuanto á trajes, decoraciones y demás servicio de la escena, no se ha perdonado gasto ni esfuerzo alguno para que todo sea conforme á lo que el asunto del drama requiere.»

El Eco del Comercio, el periódico más considerado de aquella época, se ocupaba en su número del 1.° de Octubre de esta obra, en los siguientes términos:

«*Amor venga sus agravios* ha obtenido aplausos y logrado sus momentos de favor, como los privados de Felipe IV, señalados con aplausos inequívocos; pero de nada ó de poco

sirven las bellezas de detalle en las obras dramáticas cuando no se ha podido vencer la gran dificultad que consiste en formar un todo proporcionado, verosímil, interesante, y que no choque abiertamente con las costumbres de la escena para donde se escribe.»

Deseosos de que nuestros lectores las conozcan, vamos á transcribir la serenata que en el acto segundo de este drama se cantaba con música del maestro Carnicer, y que obtuvo un grande éxito, así como la canción báquica del acto quinto.

«Despierta, hermosa señora,
Señora del alma mía;
Den luz á la noche umbría
Tus ojos, que soles son.
Despierta, y si acaso sientes
Tu corazón conmovido,
Es que responde al latido
De mi amante corazon;
Oye mi voz,
Oye mi voz.

La flor más pura y galana
Que el Abril fecundo adora
Al despuntar de la aurora
Perfuma el primer albor;
Pero es mil veces más puro
De tu boca el blando aliento
Si perfuma en torno el viento
Tierno suspiro de amor.
Oye mi voz,
Oye mi voz.

Adiós, mis dulces amores,
Que envidiosa el alba fría
Ya raya en Oriente el día
Por turbar nuestro placer:

Adios, señora, mi alma
Dejo al partirme contigo,
Amante triste maldigo,
Aurora tu rosicler.
Guárdame fé,
Guárdame fé.

Alegres los ojos,
Borracho el semblante,
La copa espumante
En alto á brindar;
Rebosen los lábios
En besos y vino,
Y al néctar divino
Dé fuerza el azahar.
¡Oh! caiga el que caiga. ¡Más vino! ¡Brindemos!
A aquel que más beba, loores sin fin;
Con pámpanos ricos su frente adornemos,
Aplausos cantemos al rey del festín.

Volcanes requeman
Mi frente encendida;
Más alma, más vida
Crecer siento en mí:
Torrentes de vino
Las mesas esmalten,
En mil piezas salten
Cien copas y mil.
¡Oh! caiga, etc.

Fosfórico el globo
En torno á mí gira,
Su aliento retira
La tierra á mis piés:
Y al aire en confuso
Rumor me levantan
Furiosos que cantan
Al Chipre y Jeréz.
¡Oh! caiga, etc».

De todas las obras que Espronceda hubo de escribir para el teatro, la más importante fué sin duda una tragedia en cinco actos y en verso titulada *Blanca de Borbón* (1). Dió asunto y título á la obra, la mísera esposa de aquel fiero monarca que la historia, con sobra de razón apellida *el Cruel* y que nuestros poetas de los siglos XVI y XVII dieron en llamar el *Valiente y Justiciero*.

Nada menos que en diez comedias de nuestro teatro antiguo—sin afirmar ni presumir que las recordamos todas—figura el rey Don Pedro de Castilla. Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Alarcón, Vélez de Guevara, Claramonte, Hoz y Mota y Cañizares le han puesto en escena, con más ó menos acierto y fortuna. Dramaturgos modernos, como Gil y Zárate y Zorrilla, han sacado también á relucir al personaje cuyos hechos nos transmitió, no sin encono, el célebre cronista Ayala, y casi son de nuestros tiempos *Blanca de Borbón*, tragedia á lo clásico, de D. Antonio Gil y Zárate, y *El zapatero y*

(1). Esta tragedia no se llegó á representar ni ha sido impresa nunca. Sólo se conocen los fragmentos y el ligero extracto publicados por Escosura en su Discurso de la Academia. El original de dicha obra estuvo muchos años en poder de la hija única del poeta, doña Blanca Espronceda de Escosura, pasando, al morir ésta, á manos de una de sus hijas, la que ignoramos si lo conserva aún, ó si ha tenido que lamentar su pérdida, quizás á consecuencia de las gestiones infructuosas que ha realizado constantemente con el fin de hacer imprimir las obras inéditas de su ilustre abuelo. (*N. del A.*)

el rey, drama romántico de D. José Zorrilla. Enumerar las leyendas, romances y tradiciones á que ha dado asunto, sería interminable.

¿Qué significa esto? Á nuestro juicio, que hay algo de esencialmente dramático en el personaje en cuestión: que el pueblo español, sea buena ó mala prenda, simpatiza siempre con el valor, aunque raye en la ferocidad; que los árabes algo, y aun algos, nos han dejado de su afición á esa justicia violencia y sin forma de proceso, que se llama en la América del Norte la ley de Lynch; y acaso, acaso, que nuestros grandes dramáticos, viviendo bajo monarcas tan apocados y débiles, como los tres últimos que nos dió la casa de Austria, instintivamente buscaban el contraste con el recuerdo de un rey que vivió y murió resistiendo y luchando.

Dicho esto, si hemos acertado á dar en este libro alguna idea del carácter de Espronceda, no es muy difícil explicarse cómo escogió al amante de la Padilla para protagonista de su tragedia, y no sorprenderá que esa tragedia participe, como todas sus obras poéticas, de entrambas escuelas, la clásica y la romántica.

La acción del primer acto se desarrolla en la prisión de doña Blanca. Al levantarse el telón, se oye dentro música y un coro caballeresco, terminado el cual, explica D. Tello su razón, diciendo que Sevilla celebra fiestas para solemnizar el nacimiento de un *Infante*, recientemente dado á luz por doña María de Padilla, con quien el rey se su-

pone casado.—Laméntase la Reina cautiva de su desdicha; y el duro carcelero, tratándola con villana insolencia, se va á gozar de la fiesta.

Reemplázale en la escena la joven Leonor, hija de D. Tello, pero tan tierna y á la Reina aficionada, como su padre de la misma brutalmente enemigo. Á instancia de Blanca, siempre de su cruel esposo enamorada, Leonor le refiere, en lírico estilo, el torneo con que el nacimiento del hijo de la Padilla se celebra; y después, para alentar la esperanza de la cautiva, dícele que no la tienen los castellanos tan olvidada como presume, que D. Enrique, y sus parciales velan por su vida, y que un joven desconocido, que días ha ronda la prisión, la ha rogado (á Leonor), con vivas instancias que en ella le introduzca. Teme Blanca comprometer á su amiga; pero la generosa doncella. desoyendo los consejos de la prudencia, corre en busca del desconocido.

Sola Blanca, presiente con terror que el incógnito es el mismo D. Enrique, de quien sabe que la ama, y á quien, si como amante no corresponde, como leal amigo estimá en mucho.

Entra, en efecto, D. Enrique en la prisión, guiado por Leonor, que se retira para estar en acecho; y sigue una escena en que el Infante se muestra tan encarnizadamente enemigo de su hermano, y tan dispuesto á llegar hasta el fratricidio, como locamente enamorado de la Reina y resuelto á sacrificarlo todo á su dicha. Blanca defiende al tirano que la oprime, y desahucia al amante que la pretende, y que no sin razón exclama:

Un astro mismo, sí, cuando nacimos,
Blanca, tú y yo, sin duda presidía.

Firme, no obstante, en su propósito de alentar y servir á la que adora en vano, anúnciala que en Sevilla misma tiene numerosos parciales, prontos á unírsele contra el tirano, y á ceñirle á él la corona: pero que, antes de todo, lo que anhela es ponerla á ella en libertad. Al siguiente día, una barca surcará el Guadalquivir, al pie del castillo, gobernada por el mismo D. Enrique, quien cantando anunciará á Blanca el momento preciso de su evasión.

Leonor avisa la llegada de D. Tello; el Infante se retira; y el Alcaide se presenta con Diego García, el hermano de la Padilla, y el más bajo y repugnante personaje del drama. Enamorado, ó más bien antojado, de la Reina, empieza por insultarla cobarde, y por calumniarla villano, acusándola de adúlteros amores, primero con D. Fadrique (el Maestre de Santiago, muerto á manos del Rey, su hermano) y, en la actualidad, con el bastardo de Trastamara, rebelde y proscrito.--Defiéndese, digna, Blanca con la entereza y moderación de quien tiene la conciencia limpia; y en vano el áulico vil la amenaza con la muerte en el suplicio, como supuesta cómplice ó causa primordial de la conspiración de Enrique; en vano osa el desalmado ofrecerle la libertad, el trono, el tálamo mismo de su ingrato esposo, si á sus lúbricos repugnantes deseos accede: la honrada señora, prefiriendo el martirio á tanta infamia, desprecia magnánima

las amenazas, y cierra el casto oído á las denigrantes ofertas.

La suerte de la desdichada Reina está ya resuelta: D. Pedro la aborrece: la Padilla ve siempre en ella una rival temible; D. García, desdeñado, jura vengarse: el Alcaide, advertido de que le va la cabeza en ello, está resuelto á matarla, si alguien intenta ponerla en libertad.

El acto segundo pasa en el Alcázar de Sevilla. Están en la escena doña María de Padilla y su hermano D. García, que procura alarmar á la favorita, refiriéndola que Blanca la aborrece y desprecia, y que D. Enrique, oculto en Sevilla, conspira en favor de la Reina; todo á fin de lograr que la Padilla incite á D. Pedro á dar muerte á la misma Reina y á su hermano.—No resiste tanto á tantas sugestiones doña María, como conviniera *al genio agradable y compasivo* que unánime le atribuyen nuestros historiadores; mas, con todo, al terminar la escena exclama:

¡Y tanta sangre!

Á lo cual responde D. García:

¿Aún no estás acostumbrada á verla
Contino derramar?—¡Bastantes veces
Pedro, tu mismo amante, en tu presencia
La hizo alegre correr! —Elige ahora;
Verter la tuya ó derramar la ajena.

En el momento en que, resuelta ya la Padilla á procurar la muerte de su cautiva, inocente rival, se lo declara así á su hermano, diciéndole:

¡Determinada estoy!

preséntase él Rey, que desde luego advierte en el rostro de su amada señales visibles de las pasiones que agitan su pecho, y quiere, naturalmente, saber la causa.—Anúnciale ella que la traición le acecha y su vida amenaza. D. Pedro se burla de sus temores. Quiere D. García reforzar las razones de su hermana, y osando decir que

El consejo que dicta la prudencia
Debe escuchar un Rey,

replica D. Pedro:

El Rey tan sólo
Debe escuchar su voluntad suprema.

Palabras que desde luego plantean y pintan el personaje histórico.

Sin embargo, acaba la Padilla por lograr de su amante que escuche paciente á D. García: y retirándose ella, entáblase la escena entre el Rey y dicho personaje. Oye con Pedro con cierta indiferencia la revelación del estado inquieto y tendencia sediciosa de Castilla entera, dónde la rebelión parece pronta á estallar: impórtale poco que

Blanca, en su prision, amigos cuente:

mas, al oir el nombre de su hermano *Enrique*, al saber que está en *Sevilla*, y conspirando como siempre, arde súbito en ira, y ordena á D. García que le busque y le traiga en seguida al esclavo mor

(Abenfarrax), delator del complot, y espía contínuo de las acciones del de Trastamara.

El rey, la fiera desencadenada, y de sangre sedienta, se pinta á sí misma admirablemente en el breve monólogo que sigue;

¡Y qué! ¿Mi afrenta
No he de vengar yo mismo?..... ¡Miserable!
¡Un vil bastardo arrebatarme intenta
Mi trono y mi poder! ¡Ah.....! ¡Yo le juro.....

¡Yo anegaré en su sangre su soberbia!
¡*Mi hermano!*..... ¡Sí, mi hermano!!—Cuando ahora
Dentro en su corazón mi espada sienta,
Cuando yo mismo sus entrañas rasgue,
Cuando espirar, en su dolor, le vea;
Entónces yo le llamaré *¡mi hermano!*
¿Y Blanca?... ¡Blanca!... ¡El insensato piensa
Libertarla!..... ¡Infeliz!—¡Entre tus brazos
Yo te la arrojaré, sí, pero muerta!

En la escena que sigue, el hijo de la Maga dibuja su carácter estúpidamente feróz. Ha visto á Enrique en torno de la prisión de Blanca: sólo sabe quién es por habérselo dicho su madre, «la potente Maga de la caverna del Espectro». Su daga dió muerte á un emisario de los conjurados, de un solo golpe, porque

siempre del corazón halló el camino:

y sin ambajes ni circunloquios, pregunta á don Pedro:

¿Cuánto me pagarás, si te presento,
Manando en sangre, el de tu hermano mismo?

D. Pedro, tratándole duramente, le manda, sin embargo, que le espere aquella noche misma en la caverna del Espectro, para que le guíe donde se oculta el traidor Enrique.

Retirado Abenfarrax, entran Doña María de Padilla y Leonor; ésta con una carta de Blanca para el Rey, de que aquella ha querido en vano apoderarse. Solicita la Reina ver á su esposo: la Padilla y García tratan de estorbarlo; D. Pedro, aunque denostando á la infeliz prisionera, ofrece á su intercesora Leonor que Blanca le verá al siguiente día.

Don Pedro se propone, y lo declara, presentar al día siguiente á los ojos de doña Blanca el cadáver de Enrique, muerto á manos del Rey mismo; María teme que los celos sean los que tan bárbara resolución le inspiren, y con D. García, presiente que la beldad, desdichas y llanto de la Reina, puedan ablandar al Monarca. Mantiénese el Rey firme, prometiendo á su amada que la sentará en el trono para que Blanca en él la vea, y para que la Padilla misma sea quien de la suerte de su rival decida. La presencia de D. Fernando de Castro pone fin á esta, y dá principio á la siguiente escena.

Preséntase al Rey el hermano de doña Leonor, á pedir (dice), *justicia contra el Rey mismo*, muy á deshora, en primer lugar; y en segundo, con lenguaje desde luego tan injurioso y provocativo, que parece más bien calculado para exaltar la ira del Monarca y morir á sus manos ó en el supli-

cio, que para obtener reparación del agravio recibido. Don Fernando de Castro es aquí un hombre enloquecido por la ira, un demócrata sin veneración alguna al que, en su época, era reputado representante de Dios en la tierra, y á quien, si muchos nobles, *desafiaban*, es decir, declaraban la guerra, renunciando á su vasallaje préviamente, nunca en su entidad de institución soberana ultrajaron. Conspiraban contra un Rey, sí, aclamando otro: tal vez asesinaban al aborrecido, mas arrancándole antes la corona de las sienes, para ceñírsela al que les parecía mejor.

Es, pues, violenta é inverosímil esta escena, que se termina interponiéndose la Padilla y Don García para que el Rey no lidie cuerpo á cuerpo con Castro, lo cual está en carácter.

Solo Castro un momento, desahoga su furor en maldiciones y regicidas propósitos contra el tirano; interrúmpele la llegada de Hernando, que con otros caballeros, viene á noticiarles que don Pedro les ha dado orden para prenderle; orden que ejecutar no quieren, pues todos pertenecen á la facción de los descontentos. Entonces en el alcázar mismo, á las puertas de la cámara real, pónense á conspirar contra el Rey, en favor de su esposa y de D. Enrique, y en venganza del mancillado honor de los Castros, con lo cual se termina el acto segundo.

En el acto tercero el teatro representa el campo; á la derecha está el castillo-prisión de Blanca con rejas de hierro salientes; á la izquierda se eleva

una montaña escabrosa, toda coronada de rocas, entre las cuales, á cierta altura, se ve la boca de una caverna. De la cima de esta montaña, así como alrededor y al lado del castillo, siguen dos bosques, dejando un claro por donde se descubre el Guadalquivir. El fondo del teatro es la otra orilla del río. Es de noche, y sólo alumbra la luz que arde dentro de la caverna.

Hé aquí el principio de la primera escena entre la Maga y Abenfarrax.

ABENF. (Exclama enseñando á su madre el puñal que está aguzando).
¡Mejor después lo aguzaré en su sangre!
MAGA. No, hijo mio;
¡Tu no le has de matar; su hermano mismo
Tiene que asesinarle!...
Yo le he ofrecido (Al rey)
Un fraticidio horrible: en el infierno
Festejaran al recibir á Enrique,
Y aprestarán á Pedro otro festejo.
¡Jamás senti tan puro regocijo!
¡Ni aunque volviera al fortunado tiempo,
Cuando en mi patria, venturosa y jóven,
Libre viví de los cristianos hierros,
Tanto gozo y placer sentir pudiera!
Es imposible, nó: los amos nuestros
Entre sí se encarnizan. ¡Ah, su sangre,
Al fin, mi pecho beberá sediento!
ABENF. Y yo, en su craneo, gozaré al beberla
Y alegre entónces contaré el dinero
Que me valdrá su muerte.
MAGA. ¡Digno hijo
Del furor implacable que mi pecho
Abrasa sin cesar; vuela, destruye
Hasta el nombre cristiano. Es un consuelo

Verte resuelto así, para tu madre.
¡Tú vengarás su afrenta y cautiverio!
¡Qué placer la crueldad!—Nunca tu alma
Ablanden los suspiros, los lamentos
Del moribundo que piedad te implore.
¡No le escuches jamás! ¡Negro veneno,
Hiel en el corazón, sangre en los labios,
Será toda tu vida tu alimento!
¡Cuando yo te engendré, cuando naciste,
Yo propia, yo, te consagré al infierno!
¡Mata, destruye, hasta que yo, tu madre,
te diga basta.

ABENF. Mi puñal sangriento
Te responde por mí.

MAGA. Sí; tú naciste
Entre horrores y sangre. Mis tormentos
No has conocido tú. ¿Tú no conservas
De la perdida dicha los recuerdos?
Un tiempo fué, cuando tu madre, hermosa,
Reina feliz del africano suelo,
Gozó en su patria venturosos días
De inocencia y de paz. Brillante un tiempo
El sol iluminaba sus palacios:
¡Ella juzgaba su placer eterno!
Mas todo lo perdió: viles cristianos
Vencieron en la lid; yo misma el fuego
Ví de mi alcázar, contemplé sus ruinas
Ensangrentadas, negras del incendio;
Derribados allí entre los escombros
Ví de los míos los rompidos miembros:
Y yo... ¡cautiva, sin amparo alguno,
De la crueldad del vencedor fui premio,
Que hartó allí mismo su brutal lascivia,
Sobre el cadaver de mi amante mesmo!
¡Y no vertí una lágrima!—Yo entonces
Sentí, furioso, palpitar mi pecho,
Y venganza juré: para saciarla
Yo os evoqué, demonios del *Averno;*

Y vosotros vinisteis. ¡Y mi dicha,
Mi único gozo, mi mayor contento,
Fué cuando ví que, á mi furor sensible,
Un hijo como tú me concedieron;
Un hijo en que á mi vista se retrata
La propia forma y el semblante de ellos!

ABENF. Tus furores ¡oh madre! son mi halago,
Son mi mayor placer. Cuando te veo
Correr el bosque en la sombrosa noche
Con alaridos y horrorosos gestos;
Cuando te escucho, hablando solitaria,
Y oigo de los demonios el acento,
Entónces yo, con júbilo y con risa,
Contemplo tu furor.

MAGA. ¡Júbilo horrendo
Que refresca mi alma! Sí, tu risa
Es la luz del relámpago funesto,
Precursora del rayo. ¡En tu miseria,
Tú, al cabo, eres feliz! Tu horrible aspecto
Es terror de los hombres; tu cuchillo
De su maldita sangre está cubierto,
Goteándola siempre; tu alegría
Es verlos padecer; hasta el tormento,
La furia misma de tu misma madre
Es para tí un placer!

Sería necesario copiar toda esta escena para dar de ella cabal idea. Termínase recogiéndose á la caverna aquella furia y su digno vástago, porque oyen pasos de gente que se acerca.

María de Padilla, atormentada por los remordimientos y por el temor de verse un día suplantada, y tal vez castigada, por la Reina, entonces su prisionera, acude superticiosa á la caverna del Espectro, en demanda de conocer lo que el porvenir le guarda. Luchan en el ánimo de la Favorita el

amor con el remordimiento; y con el orgullo la superstición cobarde: necesita de la hechicera y la busca; pero despreciándola siempre, insultándola alguna vez. Entre tanto la Maga, furia implacable, dueña de todos los secretos de la mísera dama, búrlase de sus amenazas, devuélvele centuplicados los insultos, y acaba por persuadirla de que sólo un medio tiene para evitar su ruina, y conservar el corazón de D. Pedro, juntamente con el trono que usurpa: asesinar á la cautiva Reina.

Aparecen en la reja del castillo doña Blanca y Leonor, que habiendo oído un canto que resuena en el río presumen, y con razón, que es D. Enrique quien lo entona. El príncipe, en efecto, llega al pie del castillo en su barca, y salta de ella, embozado, al escenario. Su objeto es avisar á la inocente prisionera que al día siguiente recobrará la libertad. Cien caballeros lo han jurado sobre la cruz de sus espadas; todo está dispuesto; D. Pedro, ignorante de la trama; y al lucir el sol de nuevo, verá el triunfo de la inocencia. Todavía duda y vacila la Reina, esperando ablandar al cabo el corazón de diamante de su esposo: pero el de Trastamara, menos crédulo, insiste en sus proyectos.

¡Vanos proyectos! La Maga y la Padilla, que están oyéndolos, tienen medios seguros de impedir su ejecución, y á ello están resueltas.

Retirada la Reina á su cárcel, y dando D. Enrique la vuelta al castillo, de manera que va á colocarse trás de la caverna, espía á su vez á las que á él antes le espiaron, oyéndolas decretar la inme-

diata muerte de Blanca. Incapáz entonces de contenerse, presentáseles y las increpa violento: replícale, más violenta aún, la Maga; y, ciego él de cólera, arrójase sobre ella para matarla. Ágil y serena la hechicera, esquiva el golpe retrocediendo de un salto á la entrada de la caverna, donde invoca el auxilio de su hijo y el de los espíritus del mal al mismo tiempo.

Abenfarrax aparece con estúpida ferocidad preguntando: «¿Hay, madre, ya que asesinar á alguno?» Desígnale la Maga su víctima en Enrique; interpónese la Padilla; y la lucha, sin embargo, va á trabarse, cuando súbito entran en escena D. Pedro y D. García.

La llegada del Rey suspende el combate, aunque por de pronto no se descubre. Poco tarda en hacerlo, porque Enrique se niega á cruzar la espada con un desconocido; más cuando ya conoce á quien tiene delante, si por una parte el deseo de venganza le incita al combate, por otra la fuerza de la sangre y el respeto á los vínculos de la naturaleza paralizan su brazo. En vano D. Pedro le provoca de todas maneras, y le ultraja con hábil furia: D. Enrique se niega á la lucha fratricida, y se aparta de su hermano, no sin oir de los labios de éste que, si todavía á la mañana siguiente no ha partido al destierro que le impone, le hará morir en el cadalso.

D. Pedro, ausente ya el enemigo hermano, va á retirarse, cuando se le aparece la Maga, apostrofándole con estos versos, que terminan el acto:

El denso velo que el Destino cubre
Miro rasgarse ya. Rey de cristianos,
Oye mi voz; y á mi tremendo acento,
Ronco responde el Tártaro, tronando.
Próximo está tu fin; ya tu enemigo,
Con alta pompa y esplendente fausto,
Va muy pronto á brillar.—¡Oyeme y tiembla!
La vida, sí, te arrancará tu hermano.

La acción del cuarto y penúltimo acto se desarrolla en un salón del Alcázar de Sevilla. Al levantarse el telón aparecen en escena Hernando y otros caballeros de los conjurados con Castro, de quien dicen que «aguarda sólo la señal» para tirar la espada en defensa de doña Blanca. Interrumpe la conversación D. García, quien se sorprende, y no sin razón, de hallarlos en Palacio armados de punta en blanco; circunstancia que ellos le explican diciéndole que se proponen ofrecerse al Rey para la guerra de Granada. Dáse el cortesano por engañado, aunque conoce bien la conjuración, y los nobles se retiran tranquilos.

Blanca va á comparecer ante el Rey, como lo tiene solicitado; y aquél, para más humillarla, sienta á la Padilla en un trono, al efecto al par del suyo levantado. La Favorita está inquieta, sin embargo, y apenas bastan á calmarla el amor de don Pedro y las seguridades que le da su hermano.—Comparece Blanca «trémula y temerosa»; y la dureza provocativa con que su marido la habla, y la presencia de su rival en el trono, justifican de más su turbación y lágrimas. La infelíz es, no obstante, una víctima resignada, que ni la idea de resis-

tir concibe. El Rey la injuria y calumnia; ella le ama y se lo dice. La Padilla, que habla poco, y cuya sola presencia en la escena no sabemos si se oleraría en la representación, la Padilla misma llega á acusar á la infelíz Reina de haberla maldecido, y Blanca le contesta:

¡Maldecirte!
Muéstrame cómo, y te maldigo luégo.
¡Yo oso todo, *mujer!* Yo ansío la muerte,
La busco y llamo; por la muerte anhelo:
¡Ella es mi único bien, élla es el árbol
A cuya sombra reposarme quiero!
Débil mujer cual soy ¡Ah!, ¡me alimenta
La desesperación! ¡Ya nada temo!
Yo no sé maldecir: mas si me enseñas,
Tambien maldeciré.

Hasta aquí habla con la mujer que la ha privado de su corona, del tálamo conyugal y de la libertad misma; desde aquí se dirige á su cruel esposo:

¡Mas tú, que el fuego
Arder hiciste que me abraza el alma,
Apiádate de mí!—Yo te deseo
Siempre felicidad. ¡Ah! ¡sí! ¡Perdona,
Perdóname! ¡Infelíz!—Si yo detesto,
Si ofendo á esta mujer..... ¡Ah! Tu la adoras,
¡Benigno quiera perdonarla el cielo,
Cual la perdono yo!

Abrázase, de hinojos ella misma, á las rodillas del Rey, y concluye:

Dame la muerte,
Y á Dios, por tí, le rogaré, muriendo.

No desmiente Blanca un solo instante, en este drama, su profunda mansedumbre y resignación sublime; sublime de más, acaso, para el efecto dramático; porque con criatura tan perfecta, la lucha es imposible. Así el final de la cuarta escena de este acto, en que D. Pedro la arroja de sí, disponiendo que por fuerza se la lleven, anegada en lágrimas, sus carceleros, es más que dudoso que produjera buen efecto en el teatro.

Las últimas palabras de Blanca parecen haber conmovido un tanto á D. Pedro, que llega á preguntarse *si será inocente* aquella infeliz; mas pronto la voz de la Padilla, que ya desde aquí se muestra francamente ansiosa de la sangre de su rival, y el estrépito y vocerío de la conjuración, que al regreso de la Reina á su cárcel ha estallado, en fin, devuelven á D. Pedro su valor indómito y su ferocidad ingénita.—D. Fernando de Castro, consecuente en su vengativa demencia, aparece solo en el regio salón, espada en mano, insultando, provocando, y queriendo dar muerte, de su propia mano, al burlador de su hermana. La fortuna le es adversa: yerra el golpe, y cae, dos veces el pecho atravesado por el acero de D. Pedro, quien cogiendo, inmediatamente en sus brazos el aún caliente cadáver, arrójaselo desde un balcón á los conjurados, diciéndoles:

¡Ahí teneis á vuestro jefe: yo os lo vuelvo!

Acción y frases dignas, en efecto, del que en Montiel sucumbió al puñal fratricida.

D. García acude á participar al Monarca que el pueblo, por Castro sublevado, huyó amedrentado, una vez muerto su caudillo, y que los demás nobles conjurados

> ¡Exhalaron, luchando, sus alientos,
> Sin quererse rendir!
> —¡Y bien: perezcan!

responde D. Pedro.

Mas eso no les basta, ni mucho menos, á la Favorita y á su hermano, cuyo fin principal es acabar con Blanca. Ella, pues, ella sola es el orígen, el foco, el principal fautor de la conspiración entonces vencida, como lo fué de las anteriores, como lo será de las futuras, si la fuente del mal para siempre no se ataja con su muerte. Oye el Rey, «como distraído y fastidiado», las sugestiones de los dos hermanos durante toda esta escena. ¿Por qué? ¿Quiso acaso el poeta que la responsabilidad del crimen con que su drama termina, recaiga más sobre la Padilla que sobre su amante? Fuera inútil intentarlo; en su obra misma, Espronceda, hasta aquí, es acaso el escritor que, de cuantos han puesto en escena al rey D. Pedro, con más verdad pintó su cruel ferocidad, y menos le ha poetizado. Por otra parte, ahí está la historia, para acreditar que la Padilla fué siempre de corazón tierno y ánimo piadoso. ¿Por qué manchar injustamente su memoria? Nuestro poeta, dejándose llevar de la inspiración del momento, respetó aquí la historia tan poco como solían hacerlo nuestros primeros ingenios del siglo de oro.

Volviendo al drama, si D. Pedro escuchó, al parecer, *distraído* y *fastidiado* á D. García y á la Padilla misma, al terminar la escena, ya por complacer á su Dama, ya por que, asesinato más ó menos, no le parezca cosa digna de moverle á disgustar á la Favorita ni á nadie, responde á esta pregunta de María:

¿Dejas á Blanca así?

con esta sencillísima frase:

Yo te la entrego.

Dichas esas palabras, ó pronunciada esa sentencia, vase el Rey, y la escena, ó más bien el cuadro, concluye con el brevísimo diálogo siguiente:

GARCÍA. ¡Hoy mismo morirá!
LA PADILLA. ¡Vuela al castillo!
¡Manda que muera! ¡Vé!
GARCÍA. ¡Calma y secreto!

Cámbiase la decoración anterior en la que representa la cárcel de la Reina. Aparece ésta con Leonor, lamentándose amargamente de su desventura, perdida ya toda esperanza, deseando y presintiendo la muerte.

D. García se presenta á intimar á D. Tello la voluntad del Rey. Blanca (que no está presente) ha de morir, al mediar su curso aquella misma noche, á manos de Abenfarrax, el hijo de la Maga, para la consumación del horrendo crimen diputado.

Oye el Alcaide lo que se le dice, y enterado de ello, exclama estóicamente:

Es mandato del Rey: fuerza es que muera.
Yo cumplo mi deber cuando obedezco.

Todo este segundo cuadro del acto cuarto, nos parece completamente inútil y en su virtud, perjudicial al drama.

En el acto quinto y último, la Maga, que aparece con una antorcha en la mano, canta:

¡Oh! ¡Salve, oscuro genio
Del hórrido huracán!
Ceñudo tu te sientas
Allá en la tempestad.
Tu augusto trono velan
La noche y el horror;
Tu voz, en silbo y trueno,
Retumba en derredor.
Las ígneas alas tiendes
Por cima al aquilón;
Y, en torno, el aire tiñe
Relámpago veloz.
¡Salud, salud mil veces,
Espíritu infernal!
Desciende á mi en las alas
Del hórrido huracan.
(Hablando.)
¡Hoy festeja el Averno; hoy, hijo mio,
La luz del rayo su festin alumbra;
Y en la noche, los lívidos espectros
Al trueno aterrador sus gritos juntan!
¡Noche de muerte!—¡Regocija el pecho,
o de Satanás!—Sí, ya vislumbra,
A la luz del relámpago, tu daga,

¡Teñida en sangre la aguzada punta!
¡Noche de muerte es! ¡Vuela hijo mío;
Con sangre ya mi paladar endulza!

ABENF. ¡Dame, oh madre, el puñal! ¿Llegó la hora?

MAGA. ¡Pronto ya vá á sonar! La noche oscura
Sirve á encubrir tus silenciosos pasos;
El genio del Averno te conduzca;
¡Yo te doy mi puñal; marcha al castillo!

ABENF. ¡Yo juro allí satisfacer tu furia!

(Váse de modo que se le vea abrir la puerta del castillo y entrar en él).

MAGA. (Cantando).
En medio á la tormenta,
Su hora sonará:
¡La muerte acechadora
Su presa aguarda ya!
¡Genios del Tártaro,
¡Venid á mí!
¡Venid mi júbilo
A compartir! (Arrójase en la caverna.)

Hemos copiado íntegro ese cuadro, no solamente por su belleza poética, que nos parece grande, sino, además, porque extractarlo hubiera sido lo mismo que no mencionarlo siquiera.

En el cuadro segundo del mismo acto, la desdichada reina, que se halla en su prisión, conoce ya su sentencia, y también la sabe su única y postrera amiga; mas si ésta no halla consuelo á su aflicción profunda, aquélla, entreviendo ya en la eternidad el reposo y la recompensa á sus virtudes debida, aguarda resignada el instante supremo. Quizá sea esta la mejor, y es sin duda la más ierna y noblemente inspirada de todas las esce-

nas del drama. Quisiéramos copiarla toda; más no siéndonos posible eso, habremos de limitarnos á citar los siguientes fragmentos.

Sea el primero éste, en que Blanca trata de dar consuelo á su desolada amiga:

Dulce Leonor, ¡gran Dios! calma tu llanto;
¿No ves mi dicha tú?—Gloria más pura,
En trono eterno, el Dios de la inocencia
Guarda, Leonor, para las almas justas.
¿Qué vale el trono de la tierra toda,
Cercado de esplendor?—Su faz se anubla,
Y el pueblo aquél que le temió algún día,
Perdido el brillo, su grandeza burla,
¡No así aquél trono que, esplendeote siempre,
Brilla en la eternidad! Paz y dulzura,
Inocencia y virtud, siempre le ensalzan;
Allí la libertad, la gloria augusta,
Su eterno manantial vierten, regando
Fértiles campos de eternal verdura.
Allí se cifra mi esperanza ahora.
¿Por qué temer la calma de las tumbas,
Si el alma la quietud halla en su seno,
Que en la tierra infeliz en vano busca?
Sólo un momento
Te queda ya para decir tus culpas,

indica el impasible Alcaide á la resignada víctima: es preciso que ella y Leonor se digan el último adios; y compréndese que la escena ha de ser muy dolorosa.

He aquí cómo, dirigiéndose á Leonor, que se niega á separarse de su amada señora, la termina Blanca:

¡Tu llanto quema!
No llores más, Leonor; mi alma se turba

Viéndote padecer. Tu amargo lloro
Me inspira compasión. Leonor, escucha:
Un tiempo fué, cuando, en mi cárcel misma,
Plácidos sueños de feliz ventura
Regalaban tal vez mi pensamiento,
Y ciertos yo los figuraba, ilusa.
¡Pensé que, clara la inocencia mía,
Se aplacara tal vez la alma sañuda
Del que tanto adoré! ¡Pensé, insensata,
Ocupar el asiento que ahora ocupa
La que perdone Dios. Feliz pensaba
Premiar entonces, en mejor fortuna,
Tu constante amistad... Sólo una prenda,
Joya de mi niñez.... Tómala, es tuya;
Guárdala tú, como único recuerdo
Que te puedo dejar de mi ternura.
¡Dulce Leonor, adios!—¡Vuelve á abrazarme!
¡Otra vez, y otra vez!—¡Basta! ¡Tu angustia
Me despedaza el corazón! ¡Recibe
Tú mis últimas lágrimas!

Difícil es, sin derramarlas, leer esa escena, en que Espronceda se elevó, á nuestro juicio, á tanta altura como el mismo Alfieri en el último acto de su *María Estuarda*; pero con la ventaja, para nuestro poeta, de que Blanca de Borbón va á morir inmaculada esposa, mientras que la infiel consorte de Darnley iba á darle cuenta á Dios de la muerte de aquél, y de su impío casamiento con el asesino.

La desdichada víctima de D. Pedro, de rodillas ante el crucifijo, invoca ya la misericordia del Redentor, diciéndole contrita:

¡Dame resignación, fuerza bastante
Para apurar la copa de amargura,

Perdonar, *como tú*, á mis enemigos,
Y despreciar la vanidad inmunda
Que me atormenta el corazón!

Y luego, volviéndose al ermitaño prosigue.

¡Oh, padre,
En nombre del Señor, oye mis súplicas!

Pero entonces, deponiendo ya el disfraz que le oculta, preséntase á los ojos de la atribulada Reina D. Enrique de Trastamara, bajo el hábito de ermitaño, armado de punta en blanco. Fácilmente se comprende su objeto: quiere que Blanca salga de la prisión con el traje que él al entrar en ella le ha facilitado; quiere quedarse en el calabozo de la que adora, á esperar la muerte ó á defender la vida con su espada, mientras que al castillo llegan cien caballeros, que han jurado poner aquella misma noche en libertad á la Reina. Esta, empero, se niega resueltamente á salvarse á expensas de D. Enrique, cuyos ruegos y elocuencia no alcanzan á que mude de propósito. Oigámosla á ella misma.

¡Déjame, tentador!—Yo amo la vida,
Y la amo á mi pesar; mas, si mi fuga
Sólo puede lograrse con tu muerte,
Morir prefiero á la mayor ventura.
Déjeme ahora perecer tranquila,
O un medio noble de salvarme busca.

ENRIQUE ¡Blanca, no hay otro!

BLANCA ¡Sí; queda la muerte!

No hay réplica posible á decisión tan terminante: D. Enrique se ve en la precisión de abandonar

á Blanca por un momento á su destino, saliendo de la capilla, más con la inquebrantable resolución de volver seguidamente con los suyos á tomar por asalto la fortaleza ó perecer en la demanda.

Sola Blanca brevísimo plazo, vuelve á orar fervorosamente; mas interrúmpela, helándole la sangre en las venas, la presencia del horrible Abenfarrax, puñal en mano.

El asesino y su víctima están ya frente á frente; él gozándose en su obra de iniquidad; ella procurando en vano ablandar aquel corazón de tigre. Óyese dentro estrépito de armas y voces, que van sucesivamente acercándose. Abenfarrax, sin turbarse, ase de los cabellos á Blanca, y en el momento mismo en que escucha la voz de Enrique:

¡Nuestro es el triunfo!

hunde el mónstruo su puñal en el inocente pecho de la Reina, y la tiende muerta á sus pies.

En esta última escena, al espirar Blanca, entra Enrique en la capilla al frente de los conjurados, á quienes Leonor sigue.

Sus primeras palabras son:

¡Libertad, libertad! ¡Blanca!
—¿La buscas?——(exclama feroz Abenfarrax.)
¡Mírala donde está!—¡Síguela y muere!

Lánzase entonces el moro, agil y feroz como un tigre, sobre el Infante, y tírale al pecho una terrible puñalada; mas los filos de su acero se embotan en la armadura del paladín de Blanca, y, al fin,

el hijo infame de la diabólica Maga, rueda á las plantas de D. Enrique, bañado en su propia sangre.

Justa, pero inútil venganza: la infelicísima Blanca ha sucumbido, y el drama termina con estas palabras de su nunca correspondido amador.

¡Qué horror! ¡Tan pura, tan hermosa y joven,
Y perderse en su flor! ¡Ah! ¡Dios confunda
Sus enemigos todos, y maldiga
Al que manchado esté de sangre suya!
¡Yo lo juro ante Dios: mi espada, juro
Que hasta vengarla brillará desnuda!

No habiendo tenido la fortuna al autor de este libro de leer la *Blanca de Borbón*, obra inédita aún, le ha sido forzoso utilizar el detenido extracto que de ella nos dejó Escosura en el apéndice al discurso leído en la Academia Española, el día de la sesión pública inaugural de 1870. La opinión de Escosura, por ser la de un comtemporáneo que leyó la tragedia y pudo de ella formar juicio por vistas de ojos, es de un valor inmenso. Y así el lector discreto debe preferir á la opinión, que nosotros no podríamos darle sino fundándola en los datos que nos dejó Escosura, la de este honrado crítico que leyo las cuartillas de Espronceda.

Cree Escosura que Shakespeare influyó grandemente en el plan de la obra; en la versificación el discípulo de Lista obedeció, acaso sin conocerlo, á los hábitos y reglas de la escuela clásica. Puede sin embargo, creerse, en virtud de buenos datos, que Espronceda escribió la obra en dos épocas, si bien en absoluto próximas, relativamente hablan-

do, apartadas la una de la otra lo bastante para que el autor variase de pensamiento y plan casi radicalmente en la segunda.

En efecto, los dos primeros actos de la *Blanca*, pensados, trazados y escritos en el sistema clásico, son propios de una tragedia de la antigua escuela; y aunque, en punto á pasión, el segundo especialmente, exceden á veces los estrechos límites y acompasado estilo de Racine y sus discípulos, parécenos que, en suma, el mismo Hermosílla, ya que algún lejano sabor herético encontrase en ellos, hubiera podido admitirlos á reconciliación mediante abjuración *á levi*.

No así, ciertamente, respecto á los tres últimos actos de nuestro drama; porque, á decir verdad, Espronceda se entrega en ellos sin freno ni medida, no sabemos si decir á su inspiración y al deseo de ser romántico, ó al propósito de imitar á Shakespeare.

Como se ha dicho, ese fenómeno se explica fácilmente sabiendo que la primera parte de la *Blanca*, ó sean sus dos actos trágicos, se escribieron acaso en la emigración, sin más objeto que el puramente literario, mientras que los tres actos románticos son obra ya de la época en que ese género se apoderaba, revolucionaria, aunque gloriosamente, de la escena española.

En conjunto considerada esa producción dramática, parécenos que, respecto al arte, peca de inconcecuencia en el plan y de heterogénea en la ejecución; que hacen falta en el primer acto, ó so-

bran en los restantes, ciertos personajes, como la Maga y su hijo Abenfarrax, á quienes debió darse parte en la acción desde luego, si se quería que en ella la tuviesen y que al público interesasen; y por último, que para tragedia es de sobra romántica, y para drama moderno excesivamente clásica.

Creemos también que la exageración, ó la exaltación furibunda cuando menos, de los sentimientos violentamente antimonárquicos de que el poeta hace alarde en su meramente episódico personaje, de D. Fernando de Castro, dan en ciertas escenas á su drama un tinte de sobra político á lo moderno, y por tanto, en la época que retratar se intenta, altamente impropio; y parécenos además que esa circunstancia explica la razón de no haberse puesto la *Blanca de Borbón* en escena mientras España fué monárquica y para su teatro hubo censura.

En cuanto á los principales personajes que en el drama intervienen, la reina doña Blanca es un perfecto tipo de mansedumbre, de amor conyugal, y de cristiana resignación al martirio. D. Pedro, á quien no ve Espronceda con los ojos de Tirso ó de Moreto, quizá tenga más semejanza con el personaje histórico que con los poetizados retratos que de él hicieron aquellos grandes dramáticos; pero, en cambio, del fratricida de Montiel, ha hecho nuestro poeta, más bien un trovador enamorado, que un príncipe ambicioso.

La Padilla, quizá todavía no bien juzgada, desempeña un triste y antipático papel; y un su her-

mano, el de un vil cortesano y tercero infame de su propia deshonra.

La Maga es una creación verdaderamente diabólica, aunque eminentemente poética, que, á nuestro juicio, sería en su género de grandísimo efecto, si el autor en su plan le hubiera dado la parte necesaria para influir lógica y motivadamente en la acción del drama; personaje episódico, como lo es, tiene demasiada talla, para que la crítica, por benévola que sea, deje de advertir que no está en su lugar; mas—volvemos á decirlo—nos parece gran creación en su género, y también que á Espronceda debió de inspirársela Shakespeare con lo que de la infernal hechicera *Sycorax*, madre del originalísimo mónstruo *Caliban*, dice en *La Tempestad*, el más poético, el más seductoramente fantástico de sus dramas.

Abenfarrax, en fin, el esclavo feroz, digno fruto del impío ayuntamiento de un hijo de Luzbel con la Maga, es uno de esos seres estúpidamente feroces, que en el mal se gozan sólo porque es mal, y en cuya existencia no se puede creer, ni aún leyéndo la *Blanca d Borbón* de Espronceda, ó *El Han de Islandia*, de Victor Hugo.

¿Podía ser, y hubiera sido Espronceda un poeta dramático? Parécenos que era de sobra lírico, demasiado pindárico, para que su gran talento pudiera ceñirse á las exigencias ineludibles de la escena, donde los sentidos corporales juzgan al mismo tiempo que el corazón siente y la fantasía se exalta.

A pesar de la íntima amistad que el autor de *Blanca de Borbón* tuvo con Julián Romea, árbitro en aquél tiempo de la escena española, la obra no se representó. Conocido el carácter de Espronceda, esto puede explicarse: aparte de la dificultad de poner en escena una tragedia que, como antes se ha indicado, podía pasar por subversiva, hay que recordar que el gran poeta escribía simplemente por el solo gusto de escribir, sin preocuparse nunca con publicar sus obras. Si los fragmentos del *Pelayo* pudieron ver la luz, fué por empeñarse en ello el bondadoso Alberto Lista. Si se coleccionaron en un tomo las poesías dispersas por las revistas y periódicos, fué porque García Villalta se encargó de ello. Si salió á la calle *El Diablo Mundo*, fué por las instancias insistentes de un benemérito editor. Si á la escena llegaron *Ni el tío ni el sobrino* y *Amor venga sus agravios*, fué porque Moreno López y Antonio Ros de Olano, colaboladores de Espronceda en las obras citadas, gestionaron su representación. Las bellas poesías tituladas *El Verdugo* y *El Mendigo*, que habían de ser tan populares y que escribió Espronceda estando oculto, huyendo de la policía, en la casa de uno de sus jefes, que era su amigo, vieron la luz porque alguien se obstinó en llevarlas al periódico *La Revista Española*, del entusiasta Carnerero...

Pero además de la desidia tan natural en él, debió acaso de contribuir á que Espronceda no tratase de hacer representar su *Blanca de Borbón*, el temor á medirse con los insignes dramaturgos

que brillaban entonces. Como había á la sazón más talento que saber, y más entusiasmo que reflexión en los que escribían, y como el público además era más aficionado á los espectáculos y diversiones que á la lectura, las nuevas ideas y el ingenio español que se mostraba divulgándolas, hallaron doble eco y superior eficacia que en el libro, en el teatro. En él fueron sucesivamente apareciendo las figuras más gloriosas que hoy son ornamento inmortal en la historia de nuestra cultura. Fué la gran época del drama romántico. En 1834, se representó por primera vez *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa. Siguió Larra con su *Macías* (24 de Septiembre de 1834, teatro del Príncipe); un año después, en 1835, se estrenó *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, del duque de Rivas; otro año después, en 1836, hubo el acontecimiento teatral de *El Trovador*, de García Gutiérrez, mísero soldado ó quinto, que se hallaba entonces aprendiendo el ejercicio en el depósito de Leganés; y por si esto no bastaba, surge en 1837 el modesto ebanista Hartzenbuch con *Los amantes de Teruel*. Estos insignes dramaturgos, con Gil y Zárate, que estrenó por entonces su popular *Carlos II el hechizado*, y con José Zorrilla, que dió al teatro en 1840 *El zapatero y el rey*, llevaron su nombre y su prestigio á la escena española hasta la época en que murió Espronceda. Con ellos no podía rivalizar, ni tampoco él lo pretendía, el autor de *Blanca de Borbón*.

No lo necesitaba ciertamente. Aún sin los laureles

del teatro, brilla con triunfante luz en la literatura castellana. Si no logró sobresalir, á pesar de hacer en esos géneros ensayos discretísimos, ni en la epopeya, ni en el drama, ni en la novela, ni en la prensa, ni aún en la oratoria, que es el arte que inmortaliza á cualquier tonto, en cambio, y hasta donde cabe afirmar algo con certidumbre, atendida la falibilidad humana, puede decirse—y esta es opinión de Juan Valera—que en él se encontraban el sér los atributos y las condiciones mentales y de corazón, bastantes para haber hecho de él, á no haber fallecido tan temprano, un poeta de no menor importancia y valer que Goethe, Byron y Leopardi, que fueron, sin duda, los más grandes del siglo XIX.

CAPÍTULO XII

«Isla yo soy de reposo...»

En el dormitorio claro y tibio, donde á través de los cristales, entra el rayo furtivo del sol espléndido de Mayo, el pálido joven va á morir... Está tendido en el gran lecho blanco, y sus ojos febriles. muy abiertos, buscan á los amigos de la infancia que, consternados, le rodean, ó se fijan, interrogadores, en la muñeca abandonada sobre el velador en que el poeta, hacía apenas dos años, escribió *El Diablo Mundo*...

Como el Adan de aquel poema, antes de su transformación de viejo en mozo, ha oído una lánguida armonía, una música suave y una voz que decía:

«Isla yo soy de reposo
en medio el mar de la vida...»

y ve que su barca, en otro tiempo acariciada por los céfiros, y audaz y vencedora, se va acercando, poco á poco, vencida ya por la tormenta, á la prometida playa del olvido y del perdón... Allá, donde

alguien esperándole, suspira por él, descansará su corazón... Atrás, en las remotas lontananzas del tiempo fenecido, quedaban los promesas deslumbrantes que el mundo le había hecho y que después no le cumplió... Todo en la vida había abortado para él... Y en la solemnidad de aquél instante, evocaba las horas desvanecidas, y las hacía comparecer una por una ante el tribunal de su razón. ¿Recordaba al Mentor que había orientado hacia las letras su adolescencia audaz, al profesor de Humanidades, severo, pero bondadoso, y que á pesar de ser tan viejo, permanecía en el mundo, de donde él se iba tan temprano?... ¿Recordaba á la pobre viejecita que ya dormía en el camposanto y que se murió recomendándole que fuese honrado y bueno?.. ¿Veía pasar entre las sombras que en su cerebro desdoblaban su procesión fatídica, una virgen blanca, que venía de un viejo castillo de Lisboa, y que le cantaba en son muy triste una barcarola, que en el Tajo, él había oído alguna vez?.. ¿Se preguntaba por qué el Tajo era constantemente testigo, tal vez inoportuno, de sus idilios amorosos, volviendo á presenciar en Aranjuez otro sueño de amor que sucumbía en la emboscada de la muerte?..

La barca se hundía, se hundía incesantemente... Ya las negras olas de la Nada salpicaban el rostro del viajero... Pero él sonreía... Parecía escuchar, traída por las auras que venían de climas muy lejanos, una enamorada música, arrulladora y fugitiva, que se iba alejando mar adentro, dejando

en el oído del viajero estos versos de un himno que surgía del fondo de las aguas:

«Isla yo soy de reposo
en medio el mar de la vida...»

¡La muerte! ¡Que le importaba á él!.. La había desafiado muchas veces. En las libres montañas de Navarra, luchando por la espléndida mentira de las libertades de los pueblos, habían rozado su cabeza las balas realistas... Perteneció á aquella legión de los cien locos que siguieron al coronel de Pablo, que murió junto á ellos... En las barricadas de París, en las luchas armadas de la Regencia de María Cristina, en todas las sublevaciones de la Milicia Nacional y en cualquier parte donde el pueblo, por defender su dignidad, arriesgaba la vida, había estado él... Cuando el cólera morbo, años atrás, había diezmado horriblemente la población de Madrid, él, sin miedo al contagio, asistía á los coléricos... ¡La vida!.. ¿Qué había sido para él ?.. Versos, delirios, lágrimas, anhelos de gloria, no realizados nunca, osadías castigadas, salvajes embriagueces, alegrías tristes... Al mundo que, sin pena abandonaba, estaba adherido únicamente por la ténue raíz de una ilusión... Y al mismo tiempo que intentaba separar de su cuello el cruel dogal que lo oprimía, sus ojos febriles, muy abiertos, buscaban el pequeño velador, donde se había escrito *El Diablo Mundo* y donde una gentil muñeca de fina porcelana, dormía á pierna suelta sobre una almohada de recetas escritas en latín...

Estaban allí, rodeando el lecho, los amigos y los compañeros que en el ocaso de su vida, más íntimamente le trataban: el conde de las Navas, su colega en el Congreso de los Diputados; Moreno López, su colaborador en cierto drama de éxito dudoso; el jovén y ya ilustre actor Julián Romea; el dulce poeta Enrique Gil; el editor Delgado; y García Villalta, y Ros de Olano, prologuistas, respectivamente de las *Poesías* y de *El Diablo Mundo*. Faltaban solamente dos amigos, que eran los más íntimos acaso: Patricio de la Escosura, emigrado á la sazón en París, y Miguel de los Santos Alvarez, que no hacía más que una semana que había dejado la vivienda, donde á Espronceda acompañaba en sus postreros días, solitarios y estériles, para embarcarse en Málaga, con rumbo al Brasil. En cambio, el Ilmo. Sr. D. Juan Bonel y Orbe, opispo de Córdoba y electo Patriarca de las Indias, estaba allí, grave y solemne, esperando el momento de echar su postrera bendición á aquél sobrino empecatado y que tal vez iría al infierno, á no contar con la influencia y las relaciones de su tío en la portería donde san Pedro vigila celoso...

En el contiguo gabinete, otro grupo de amigos del enfermo, apenados, mohínos, conversaban bajando la voz... Eran los simpáticos bohemios á quienes Espronceda protegía: tertulianos asiduos del Parnasillo bullicioso; socios que rara vez pagaban las cuotas del Liceo y del Ateneo; miembros esforzados de la histórica *Partida del trueno*, disuelta desde el mismo día en que Espronceda fué

á las Cortes; periodistas famélicos, pero dignos y honrados, de *El Eco del Comercio*, de *El Correo Nacional*, de *El Peninsular* ó de *El Espectador*... Se habían enterado con terror de la grave dolencia del amigo que tanto les amaba, y al anuncio terrible del peligro inminente, acaso por la primera vez en toda su vida, haciendo un heróico sacrificio, habían madrugado... Y comentaban en voz baja aquella infamia del destino, que extrangulaba brutalmente á un pobre ser, que había vivido tan poco y tan mal...

¿Como había venido la catástrofe? Una enfermedad, sin importancia al parecer, que sólo había durado cuatro días, tronchaba á deshora una existencia que podía haber sido tan fecunda. Corrían varias versiones: unos decían que la fatiga de un viaje á caballo, hecho al Real sitio de Aranjuez, donde su novia veraneaba, y de donde volvió la misma tarde, no queriendo faltar á la sesión del Congreso de los Diputados, ocasionó la enfermedad que estaba acabando con su vida. Otros contaban que el poeta, al salir de una recepción, á la que fué invitado en casa de Espartero, sufrió un enfriamiento de garganta que degeneró en un garrotillo mortal; que el doctor Hisern, su amigo, propuso que se le practicase la operación de la *traqueotomia* —nueva entonces en España— á fin de hacerle respirar, pues se ahogaba por momentos; que los médicos que le asistían vacilaron, y que cuando al fin se resolvieron era ya tarde. Esta versión concuerda con el certificado de defun-

ción, que habla de una «inflamación de la laringe.»

De todos modos, Espronceda habría de vivir poco... Su constitución era muy débil. Venía sufriendo, tiempo hacía, de un mal del estómago que le producía dolores crueles... La mayor parte de su vida, la pasaba en el lecho. El libertinaje en que buscaba el aturdimiento y el olvido cuando sufría algún desengaño, había arruinado su organismo. Afirma un biógrafo que los discursos del poeta en el Congreso de los Diputados, apenas se oían, porque al orador ya le escaseaban hasta las fuerzas físicas... Esto induce á pensar que acaso Espronceda padeciera de una laringitis crónica, la cual, á la corta ó á la larga, tenía que determinar forzosamente la estrechez ó estenósis que produjo la asfixia. Con la operación de la traqueotomía, á haberse podido realizar, se hubiera conseguido solamente alargarle la vida por unos días más.

De esto hablaban, con aflicción profunda, los últimos amigos del poeta, cuando algo que ocurría tal vez en la vecina alcoba, les empujó hacia ella. El noble conde de las Navas, secando á hurtadillas en sus ojos una furtiva lágrima, se había acercado al lecho. A su lado, una niña muy hermosa, que al parecer tendría ocho años, contemplaba muy seria, sin hablar, ajena al horror de aquél instante, al pálido joven que dormía con los ojos abiertos. Era él, era él mismo, era su padre.... Pero ¿por qué le habían cortado la larga cabellera

en la que ella tantas veces, con ademán irrespetuoso, hundía sus manecitas?.. Tuvo intención de despertarle... ¿No estaba allí ella? ¿Porqué, si ella estaba allí, él la miraba sin hablarla, y no se sonreía? Y ¿porqué aquéllos hombres, cómo si estubiesen enfadados, no jugaban con ella?..

El moribundo, con un grillete en la garganta, y atormentado por la asfixia, no podía decir á sus amigos la inevitable frase épica con que en las novelas y en los dramas se despiden los héroes... Moría trivialmente, de una enfermedad ridícula, en mullido lecho, rodeado de doctores... Goethe, al morir, pedía más luz; Mirabeau, más rosas... Lo que pidió Espronceda á orillas del sepulcro, sus labios fríos no lo dijeron... Pero, si los labios eran mudos, los ojos hablaban, mirando con piedad suprema á la pobre niña á quien dejaba en el «valle de lágrimas odioso...»

El terror de lo desconocido ensombreció su alma... ¿Qué era lo que albergaba la gran noche donde iba á abismarse? En la alcoba entró para decírselo un sacerdote, negro y blanco en su sotana y en su sobrepellíz, agrandado por la aproximación incesante al misterio y por las creencias de los siglos... Las palabras litúrgicas resonaban solemnes... Cuando el sacerdote hacía una pausa, se oía el estertor del moribundo... Se oía también allá á lo lejos, la canción melancólica de las campanas que con el toque de agonía, pedían por el alma de Espronceda la oración indicada... Minuto por minuto, se acercaba la muerte, y él la oía lle-

gar muy lentamente, cantando su himno arrullador:

«Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida...»

Seguían sonando las campanas que anunciaban á la población la caída de un hombre derribado por el oleaje de la vida, sobre la arena del descanso y del olvido eternos... Aún se escuchaba débilmente la respiración del moribundo... Este, de pronto, en un momento rapidísimo, cambió la expresión de su semblante, y quiso alzar de la almohada su lívida cabeza... Era que la niña, ya cansada de verle dormir como un lirón, quiso despertarle con un beso... Y, cómo si el beso de aquel angel hubiese traído al moribundo, algún perdón que ansiosamente había querido é implorado y que álguien que le amó en el mundo, tal vez le enviaba desde el cielo, no esperó más para partir... Su cuerpo sufrió una sacudida; sus ojos se empañaron; sus lábios exhalaron un gemido, que parecía el lamento del cisne agonizante; su cabeza, cubierta por la sombra y, que brazos piadosos sostenían, se inclinó, inerte, cayendo sobre la almohada... En el mismo momento, el monumental reloj, lleno de años, el viejo reloj de la familia, que había marcado el tiempo á los antepasados ya difuntos, enviaba desde el comedor sus campanadas perezosas, que en aquel silencio aterrador sonaban como dobles funerales... En la alcoba del muerto las contaron. ¡Nueve! Eran las nueve de la mañana del lunes 23 de Mayo de 1842.

El obispo de Córdoba, electo Patriarca de las Indias, cerró los ojos del poeta... Antes que el fígaro viniese para hacerle la última «toilette», le contempló breves instantes. A no saber que el muerto era el autor de *El Diablo Mundo*, nadie le hubiera conocido. Parecía un Cristo de Morales, resignado y doliente. En su rostro de cera, donde

ESPRONCEDA EN LA CAPILLA MORTUORIA

el dolor se leía entre líneas, la enfermedad había dejado la marca cruel de sus torturas. La visión que nos queda de él—conservada para el porvenir por un artista de la época—no es la del joven entusiasta, regocijado y pendenciero de los primeros años; la del Apolo, que llegó desde las márgenes del Sena, al cenáculo de los románticos, lan-

zando entre ellos sus flechas satíricas, ni la del Poeta de la Juventud, como las gentes le llamaban. No; lo que nos queda de él, es una imagen de resignación y de dulzura y casi cristiana, una imagen de Cristo en la cruz, con unas manos admirables de marfil transparente, una frente sombría, sin la aureola de la cabellera que en otro tiempo la rodeaba, unos labios marchitos y sin el pliegue acostumbrado de las ironías y los sarcasmos, y una nariz de líneas finas y acentuadas por el sufrimiento y por la extenuación. A medida que la enfermedad atenaceaba el cuerpo, lo espiritualizaba, borrando poco á poco las huellas de lo que había sido en otros días la belleza mortal. Todos aquellos que le vieron en los momentos últimos, contaban que nada había más bello, no de una belleza plástica, sino de una belleza intelectual y moral, que aquel joven triste y extenuado y semejante á un niño, que sufría estóicamente, la cabeza inclinada, el labio mudo, y que, desligado de la tierra, era ya solamente todo espíritu, sacrificio y dolor...

Tal vez en sus momentos últimos, tuvo horror á morir cemo un salvaje anacoreta, sin que una mano femenina cerrase sus ojos... Aquel pagano incorregible, que adoraba, como Enrique Heine, á «Nuestra Señora de Milo, reina de los cielos», murió entre hombres solos... La víspera de la defunción, una dama que con el poeta sostenía relaciones amorosas—las únicas que tuvo él exclusivamente inmateriales—sabiendo que Espronceda se

moría, llegó de Aranjuez, donde residía temporalmente, y desdeñando en absoluto las conveniencias sociales, corrió á la casa del enfermo, queriendo visitarle. No pudo lograr este consuelo. Estaba dentro, por casualidad, el obispo de Córdoba, electo Patriarca de las Indias. Además, los doctores, al ser consultados sobre la inaudita pretensión de la prometida del poeta, opinaron unánimes que la emoción de la visita agravaría al enfermo... No deseaban ellos, egoistas, compartir con nadie el grande honor de matar á Espronceda... Y allí, donde entraran fácilmente el cura con su hisopo y el escribano con sus rollos de papel sellado, no entró el cariño... Aquella aparición fugaz se perdió entre las nieblas de la vida, con su ilusión deshecha... Era el último sueño del poeta, el que acarició con más ternura, el que resplandecía con luz de luna en las primeras sombras de la nada, y que se desvanecía como los otros... (1)

* * *

En el salón del teatro de la plaza de Oriente,

(1) Esta señorita, tan inteligente como honrada, y tan honrada como hermosa, se llamaba—¿porqué no decirlo?—Bernarda Beruete. A haber vivido Espronceda algunos meses más, la hubiese llamado su esposa. Vestal de un recuerdo, no quiso nunca ser infiel á su malogrado amor, y rechazó partidos ventajosos, muriendo en honesto celibato. Vistió siempre de luto, y mientras vivió, nunca faltaron frescas flores en el sepulcro de Espronceda. El sepulturero del patio primero del cementerio de San Nicolás, llamaba á la desconocida «la enlutada de las flores.» *(N. del A.)*

donde celebraba sus sesiones el Congreso de los Diputados, había aquella tarde una concurrencia muy exigua cuando el presidente Acuña abrió la sesión.

Se hablaba en familia de un proyecto de ley, y de pronto, el presidente suspendió el debate para que un digno secretario, el Sr. Domenech, leyese esta comunicación:

Excmo. Sr.: A las nueve de la mañana, y al rigor de una aguda enfermedad, hemos tenido el dolor de perder al dignísimo diputado por la provincia de Almería, D. José de Espronceda.

Lo que nos apresuramos á comunicar á V. E. para su debido conocimiento.

Madrid 23 de Mayo de 1842.—Juan Antonio Delgado.—Eugenio Moreno López.—Conde de las Navas.—Excelentísimo señor presidente del Congreso de los señores diputados.

El bueno del Sr. Acuña se juzgó en el deber de hacer un discurso necrológico. Al fin y al cabo el diputado, aunque «suplente»—existían entonces estos diputados de segunda mesa—era un diputado tan legítimo como cualquiera otro, y que en el desempeño de su cargo había observado una conducta grata al presidente, porque jamás armó un escándalo, lo que para él era difícil estando siempre afónico... Y el Sr. Acuña, más triste que un ciprés, dijo esta oración parlamentaria:

«Con el mayor sentimiento acaba de oir el Congreso la desgraciada noticia de la muerte de nuestro compañero el Sr. Espronceda. Con él ha muerto un honorable diputado y un distinguido literato. Yo espero de todos los señores

diputados que procurarán honrar su memoria asistiendo á su funeral, que será mañana.»

Y no dijo más el bueno del Sr. Acuña, á cuyas palabras se adhirió, también poniéndose muy triste, el Sr. Luján, quien pidió que todos asistiesen á los funerales de Espronceda, «honrando así la buena memoria de este digno diputado, del modo más conveniente y propio.»

Algo más dijo un diputado que había de alcanzar andando el tiempo notoriedad bien triste en nuestra historia, y que era entonces conocido por el popular pseudónimo de *Ibrahim Clarete* y por sus campañas iracundas en *El Guirigay*. He aquí las palabras sentidísimas, copiadas de un diario de la época, que á la memoria de Espronceda dedicó Luis González Brabo:

«El Sr. González Brabo *(con voz triste y apagada)*: Señores: conmovido de una manera que no me atreveré á explicar, pues es imposible que en este momento el corazón pueda ser dominado por la palabra, doy gracias al señor presidente como amigo que era y como amigo que soy aún de la memoria del Sr. D. José de Espronceda, como antes lo fuí de su persona, y al Sr. Luján también, por el recuerdo que ha hecho; si el Congreso toma en consideración las palabras de S. S., habrá premiado el mérito incontestable de esta persona que hoy nos falta, y sus amigos tributarán una gratitud eterna á los representantes de la nación, que así han sabido honrar la memoria de un hombre acreedor por tantos títulos, á vivir en el recuerdo de todos los españoles.

No puedo hablar más en este instante. La conmoción me ahoga las palabras *(vivamente afectado)* porque ha sido un golpe muy fuerte para mí; el Congreso conocerá la razón

por qué no continúo en estas pocas frases que acabo de pronunciar... *(Se sienta, derramando lágrimas.)*»

Las nobles palabras de un hombre de tan dura complexión moral como *Ibrahim Clarete*, y sus no fingidas y copiosas lágrimas, dan testimonio del cariño, sincero y profundo, que inspiraba Espronceda á las personas que íntimamente le trataban. En aquella Cámara, unánimemente progresista, donde Espronceda no era más que un «digno diputado», ó—lo que tal vez era peor—«un digno compañero», sólo González Brabo lloró sinceramente al autor del soneto *A la muerte de Torrijos*.

Hemos tenido la curiosidad de hacer una información retrospectiva, desenterrando cosas que ocurrieron hace 64 años, para ver el efecto que produjo en Madrid la muerte del autor de *El Diablo Mundo*. Estas pesquisas pueden ser alguna vez interesantes, pues facilitan la ocasión para hacer extraños paralelos entre las costumbres de este tiempo, y el modo de ser característico de nuestros amados bisabuelos, allá por la primera mitad del siglo XIX.

Y ¿se creerá? El martes 24 de Mayo de 1842, el día siguiente á la defunción de José de Espronceda, no se encuentra en la prensa de Madrid ni artículos de primera página, ni crónicas ó reseñas sensacionales, ni columnas rodeadas de negro, ni intención alguna de abultar, poner de relieve ó subrayar el triste suceso; nada en fin, que pueda despertar la atención de las gentes, ó expresar la

idea de un duelo nacional. Los mejores diarios de la época, anuncian la muerte del poeta en diez ó doce líneas, ahogadas entre los relatos de los hechos más futiles. La redacción en todos es casi la misma y la fórmula es esta: «La parca ha arrastrado al sepulcro en la flor de su vida, á un distinguido poeta». *La Gaceta*, en su parte no oficial, llama á Espronceda «ilustrado joven».

El diario progresista que se titulaba *El Eco del Comercio*, el mejor de Madrid, ó como ahora se diría, el de «mayor circulación» y que era solamente, á pesar de su título, eco del famoso potítico Joaquín María López, publicaba estas líneas:

«Tenemos el profundo disgusto de anunciar á nuestros lectores el súbito fallecimiento de nuestro joven amigo don José de Espronceda, diputado enérgico y libre, poeta insigne, leal y celoso funcionario público. La parca inexorable arrebató ayer mañana prematuramente á la patria este ilustre defensor, á la causa de la libertad uno de los más ardientes apoyos, á las bellas letras, una de sus más preciadas plumas, y á la provincia de Almería un digno representante.

Su muerte ha sido generalmente sentida, y ha causado la más triste impresión en el Congreso

Esta tarde será conducido el cadáver del laureado vate á la mansión de los muertos, acompañado de sus notables y numerosos amigos.

El cortejo fúnebre partirá de la iglesia de San Sebastián á las cuatro y media.»

Fué el bendito *Eco del Comercio* el único diario de Madrid que prodigó las alabanzas hasta el punto de llamar «insigne» al hombre que había

escrito *El Diablo Mundo*. Verdad es que, en cambio, el mismo periódico le llama también—¡qué honor para la Administración! —«leal y celoso funcionario público...» ¡Poeta bienaventurado, que por haber sido, solamente durante un par de meses, secretario sencillo de una modesta Legación de segunda ó de tercera clase, tiene el honor de figurar, como algunos sujetos que son orgullo de la patria, entre la flor y nata del funcionarismo!..

Mas tal vez nosotros discurrimos muy á la ligera echando á mala parte la moderación con que la prensa, honrada, pero mal escrita, de aquel tiempo dichoso, elogiaba á Espronceda. Acostumbrados al derroche de ditirambos y de hipérboles á que se entregan sin cesar los periódicos del día, llamando «ilustre» á cualquier zarramplín, tal vez olvidamos que en los tiempos á que nos hemos referido, se aplicaba bien el diccionario, se tomaban las palabras en su verdadero valor, y sólo se llamaba distinguido, al que se distinguía por algo, é ilustre, al que lo era, y sabio, al que sabía, é ilustrado, en fin, al que probaba que tenía ilustración.

* * *

Para que conste en todo tiempo de un modo oficial, que Espronceda murió, y fué oportunamente sepultado, y para que no salga cualquier día algún vate ramplón haciéndose pasar por el autor de la elegía *A la patria*, el autor de esta obra ha

conseguido, á fin de publicarlo en ella, este certificado.

«Yo el Doctor Don Carlos Rivadeneira, Presbítero Cura Ecónomo de la Parroquia de San Sebastián de Madrid, Certifico: Que en el libro cuarenta y cuatro de Difuntos, folio ciento veinte y seis vuelto, se halla la siguiente partida:—D. José de Espronceda—Como Teniente Mayor de Cura de la Parroquia de San Sebastián de esta M. H. Villa de Madrid, Provincia del mismo nombre, mandé dar sepultura en el dia de la fecha al cadáver de D. José de Espronceda, natural de Almendralejo, Provincia de Badajoz, de treinta y cuatro años de edad, de estado soltero, Secretario de la Legación de Holanda y Diputado á Cortes por la Provincia de Almería, hijo del Brigadier D. Juan de Espronceda, y de Doña María del Carmen Delgado, su mujer: Falleció en veintitres de Mayo de mil ochocientos cuarenta y dos, de una inflamación en la laringe, según certificación de facultativo; hizo testamento, y fueron testigos Ramón Núñez y Antonio Miranda, dependientes de esta Parroquia—y para que conste lo firmo á veinticuatro del mes y año referidos.—Antonio Pérez Arcas.—Concuerda con su original á que me remito.—Y para que conste lo firmo y sello en San Sebastián de Madrid á trece de Octubre de mil novecientos cinco.—Doctor Carlos de Rivadeneira.»

La partida de defunción lo dice: el Padre Pérez Arcas, teniente mayor de cura de la parroquia de San Sebastián, en cuyos dominios había entrado D. José de Espronceda, mandó que se le diese sepultura. Por el pronto, el cadáver, vestido de frac, estaba ya en la iglesia, á donde había sido trasladado desde la casa número 19 de la calle de la Greda—hoy de Los Madrazo—donde el poeta falleció. Al lapíz de Gutiérrez de la Vega, que fué un

inteligente aficionado, muy conocido en aquel tiempo, debemos un apunte de Espronceda, tal como estuvo expuesto en la capilla mortuoria de la iglesia de San Sebastián. (1)

A las cuatro y media de la tarde, un inmenso concurso llenaba el templo, se extendía por el atrio y se agolpaba en la plaza del Angel y en la calle de Atocha. Estaba allí lo más notable y distinguido de Madrid. El Congreso de los diputados iba casi en cuerpo; de las notabilidades literarias faltaría alguna; y, al lado de los más ilustres artistas de la época, se veía á jóvenes de lo más cogolludo de la nobleza, oficiales del ejército y de la milicia nacional, comisiones del Ateneo y del Liceo, senadores, generales, individuos del cuerpo diplomático, todos reunidos al pueblo, que no era el último en llorar al poeta de *El Diablo mundo*. El ilustre Viardot, traductor del *Quijote* y esposo de la célebre Paulina García, llevaba la representación de las letras francesas.

El féretro fué colocado en un carro vestido de negro, conducido por cuatro caballos cubiertos con paños del mismo color. Sobre él veíanse esparcidas multitud de flores arrojadas de los balcones de la carrera, especialmente desde la balaustrada del teatro del Príncipe.

Algunos pobres de San Bernardino precedían al

(1) Podemos publicarlo merced á la amabilidad de don Manuel Chaves, notable y erudito escritor y excelente biógrafo de Larra. *(N. del A.)*

acompañamiento; los senadores y diputados por Andalucía, marchaban al lado del carro fúnebre; y el obispo de Córdoba, electo Patriarca de las Indias, el conde las de Navas, el escritor Moreno López, el editor Delgado, y el bueno del Sr. Acuña, á quien ya conocemos—y que por cierto ya había descansado del largo discurso necrológico que dedicó al poeta en el Congreso de los diputados—formaban el duelo. Lo cerraba una música con quê la Milicia Nacional rendía homenaje al gran teniente que la había acompañado tantas veces en sus sublevaciones. La musiquilla ejecutaba lo mejor que podía una solemne marcha fúnebre. ¿Cual? No se sabe... La que el poeta merecía, era la que Wagner consagró á su héroe Sigfrido en el *Crepúsculo de los Dioses*; pero ni Wagner la había escrito por aquella fecha, ni la Milicia Nacional, que se atrevió á tantas empresas, hubiese lanzado á sus trombones, á sus clarinetes y á sus figles, á tal aventura...

Al ruído de la musiquilla, salían á la puerta de la tienda los horteras curiosos... Y si alguno de ellos preguntaba, como el audaz protagonista de la fantástica leyenda:

—«¿A quién llevan á enterrar?»,

no faltaba quien le respondiese:

—Al poeta «endiablado» D. José de Espronceda.

¡Qué soledad y qué tristeza iba dejando el ataud, al cruzar con su carga de rosas y claveles por en medio de la multitud!.. En extensas y silenciosas filas pasó la comitiva fúnebre por las calles de las

Huertas, del Príncipe, carrera de San Jerónimo, plazuela de Cervantes, por frente del Jardín Botánico, hasta llegar á la puerta de Atocha... Allí el carro fúnebre se detuvo un instante, y allí el poeta quiso dar un testimonio póstumo de lo mucho que amaba á las mujeres. Unas preciosas costureras que salían del taller, se pusieron en fila al paso del cadáver. Hacía un bello sol de primavera que doraba los cabellos rubios de una hermosa chiquilla, esbelta y sana, y á quien el difunto, de buen grado hubiera echado algún requiebro... Al detenerse el carro fúnebre, una rosa encarnada, enorme y lozanísima, se destacó de una corona y fué rodando hasta los pies de la agraciada niña. Esta la cogió enseguida, aspiró su perfume, y con ella en los labios, hizo ante el muerto la señal de la cruz, como si quisiese darle gracias por su galantería suprema...

Llegado el fúnebre convoy al cementerio de San Nicolás, entró el féretro en el reducido templo donde se apiñaba un inmenso concurso, y donde se rezó el oficio de difuntos. Desde allí y antes de llevarlo al nicho núm. 877 del primer patio, le pasaron al sitio donde estaban los restos de Calderón de la Barca. En aquel recinto, y á presencia de una docena de entrañables amigos del recien llegado á aquella última mansión, fué abierta la caja, y el Sr. Marraci, cogiendo una de las coronas de la urna que encerraba los restos del autor de *La vida es sueño*, manifestó, á nombre de las tres personas que habían tenido el pensamiento de trasladar allí

las cenizas de Calderón, que ofrecía aquella corona á José de Espronceda en tanto que la posteridad concedía otra á su memoria.

Antes de cerrarse el nicho donde habían de estar sesenta años los restos del poeta, Enrique Gil, entre sollozos que ahogaban su voz, leyó unos versos dedicados á la memoria de Espronceda, á quien había llamado siempre su cariñoso protector. La composición, un tanto larga para insertarla íntegra, comenzaba así:

«¿Y tu también, lucero milagroso,
Roto y sin luz bajaste
Del firmamento azul y esplendoroso
Donde en alas del genio te ensalzaste?
Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,
De tu gallardo pecho la hidalguía,
¿Cómo no defendieron tu cabeza
De la guadaña impía?
¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,
En la feliz mañana de la vida,
Cuando radiantes páginas la historia
Con solícita mano preparaba,
Súbito deshojó tormenta brava
Esta flor de los céfiros querida?»

En salón literario al aire libre quedó convertido aquel rincón del cementerio de San Nicolás. Trás la poesía llegó la prosa, y Joaquín María López, el tribuno de moda en aquel tiempo, pronunció un discurso muy sentido, semejante á los que en casos análogos han oído á Moret sus contemporáneos... Habló después el conde de las Navas, tutor de la hija de Espronceda, y aristócrata ama-

ble que defendía en el Parlamento, con desinterés y convicción, radicales doctrinas. González Brabo, en calidad de periodista y de coplero romántico, dijo unas frases quejumbrosas. Hubo otra tanda de poetas, y dos sonetos retumbantes estallaron de pronto: uno de un señor Príncipe,—no de la poesía, naturalmente—y otro de Romero Larrañaga. Y el joven actor Julián Romea, que á veces también versificaba, tuvo el buen acuerdo de dejar los partos de su ingenio para otra ocasión, y puso fin al homenaje, leyendo de un modo magistral, como él lo hacía siempre, uno de los trozos más patéticos de *El Diablo Mundo*. Como en cualquier función del teatro del Príncipe, sonaban con estruendo insólito en aquel asilo del silencio, frenéticas palmadas...

Y mientras el sepulturero, con una colilla nauseabunda en el labio inferior, arrodillándose ante el nicho, hacia el fondo del cual había empujado el ataud, ponía un ladrillo sobre otro para cerrar el hueco, los amigos del que se quedaba en la «isla de reposo», se fueron dispersando, en animados grupos... Con tanta perfección como Romea, habían desempeñado su papel, y se volvían al gran teatro de la vida social á seguir la comedia... El obispo de Córdoba, electo Patriarca de las Indias, se dirigía hacia su carruaje echando bendiciones. Romero Larrañaga, iba satisfecho y jubiloso, porque recordaba que Zorrilla, cinco años atrás, se había hecho famoso, de repente, como poeta fúnebre... Lamentaba Acuña que el Congreso no hu-

biese discutido aquella tarde el proyecto de ley sobre el arreglo de la Deuda interior... Hablaban á gritos el conde de las Navas y Joaquín María López sobre la dictadura insoportable de D. Baldomero, estando de acuerdo en propagar contra el infeliz Regente la idea de hacer la coalición con el partido moderado... Y mientras el actor Romea, buscaba presuroso su carruaje para llegar temprano al teatro del Príncipe, donde había de hacer aquella noche el papel que tanto le aplaudían, de «el capitán que en Montiel el rey Don Pedro dejó», los pobres bohemios, taciturnos é inquietos por lo porvenir, iban pensando con terror que en sus apuros de dinero, ya no tendrían al buen amigo de firma acreditada, que les ofrecía, para venderlas, un puñado de coplas...

Anochecía. Era la hora serena en que vibraba el alma de las cosas. En el cielo, de un azul sombrío de terciopelo, iba languideciendo el sol, que trazaba en la bóveda celeste, espléndidos paisajes, decoraciones mágicas, ciudades fantásticas, montañas de espuma, castillos, bajeles, oceános procelosos, ejércitos de ángeles que recordaban las batallas del poema de Milton. Luego, las nubes se fundían en una niebla carmesí, que llenaba el horizonte. Los sonidos débiles y tristes de campanas lejanas que tocaban el Angelus, se perdían en la árida llanura. Pasaban, veloces, los murciélagos dirigiéndose á los campanarios. El sol se ocultaba lentamente trás la decoración confusa de las campiñas azuladas, como una mancha de sangre que

una mano invisible fuese borrando poco á poco. El disco de la luna surgía de la sombra en su aureola de claridad pálida. Aún pasaban por la límpidez del cielo las nubes perezosas. Algunas estrellas parpadeaban. Se oía el murmullo del silencio. Una paz dulce é inefable se cernía sobre las cosas. El rápido estremecimiento de las plantas, sacudidas de pronto por el viento, llenaba el ambiente de perfumes, fugaces y ténues, de flores invisibles. Y una bruma, á lo lejos, envolvía á la ciudad, sobre la cual, confusamente, flotaba un resplandor, semejante al que hubiese producido un vengador incendio....

* * *

Estaba escrito que Espronceda había de pasar por el sepulcro como por todas partes: sin detenerse.

Han trancurrido nada menos que sesenta años, y estamos en los tiempos bonancibles de D. Práxedes Mateo Sagasta. Un poeta de su «coterie», que ya no hacía versos, enfermo y desdeñado por las Musas; sin duda para entretener sus ocios, tuvo el luminoso pensamiento de crear un Panteón de «Hombres Ilustres»; proyecto sin duda meritorio, y que no logró ver realizado. Lo único que pudo conseguir, fué un departamento reservado en el cementerio de San Justo, para hospedar á los ilustres, pared por medio con los muertos vulgares y anónimos. No se trata de

un Panteón augusto y venerado, como el de París ó el Westminster, donde los Ilustres están solos, ni aún como aquel que consagró el padre de don Juan Tenorio á las víctimas de éste, que no pudo menos de exclamar alabando la idea:

«Magnífica es en verdad
La idea de tal panteón...»

sino tan sólo de una hilera de diez ó doce sepulturas, construídas en un cementerio de los más vulgares de Madrid.

Y cómo hay quien busca entre los muertos á los que viven en la fama, se buscó, y se encontró para trasladarla al cementerio que admitía huéspedes ilustres—no se sabe si *gratis et amore*, ó exigiendo el mes adelantado—una trinidad que, como ilustre, lo era de verdad, de la calavera á las canillas... Se encontró á Espronceda, á Larra y á Rosales, y, sin contar con su permiso, se contó con sus huesos... Hay que advertir, que los de Larra, habían sido ya manoseados en otra ocasión...

Y en fin, el día 24 de Mayo de 1902, á las diez de la mañana, en el cementerio de San Nicolás, y en presencia de un grupo de escritores y de los alcaldes de Almendralejo y de la ciudad de Badajóz, se procedió á la exhumación de los restos mortales de Espronceda.

En el primer patio, en la ancha línea de sepulturas del lado derecho, había en tierra una lápida

rota recien arrancada. En ella se leía esta sola palabra: «Espronceda.»

Abrióse la tumba del poeta, que ocupaba el número 877. No hubo necesidad de hacer uso de la llave del ataud, que se mostraba abierto por la acción del tiempo y de la humedad. Sacada la enorme caja, muy deteriorada, y abierta á la luz del sol, viéronse los restos del poeta: los huesos amontonados y revueltos en jirones de ropa; los zapatos de charol, casi sin forma ya; un montón de lana de la almohada que pusieron en el ataud; y, sobre esta blanda cabecera, el cráneo suelto, grande, intacto, destacándose con gran limpieza de líneas.

A puñados sacaron los huesos, y los echaron en un magnífico arcón de roble con herraje repujado figurando ramas de laurel y artísticas cruces. Este arcón, con los huesos, fué colocado en un furgón de servicios fúnebres para conducirlo al Museo del Prado, donde había de quedar depositado hasta el siguiente día, designado para la solemnidad de la traslación de los restos al cementerio de San Justo.

El cronista Nogales, testigo de la profanación, ha dado de ella una impresión en las siguientes líneas:

«Vi acercarse á eso de las diez un grupo enlutado de gente conmovida. Eran poetas, escritores, periodistas, artistas todos. ¡Cuán pocos eran! Y al mandato de Núñez de Arce, el cantor de las grandes visiones de la duda contemporánea, hundióse la piqueta sepulturera, y lentamente,

magestuosamente, como una aparición fantástica de augusta grandeza y de implacable desolación, fué saliendo á la lumbre del sol primaveral, del cielo impasible, del sereno ambiente, de la infinita naturaleza adorable y fecunda, la caja carcomida que guardaba las cenizas del genio, acaso el espíritu de románticas concepciones.

Respetuosamente conmovidos nos descubrimos todos: ¡He aquí el genio! pensamos. Y cuando abierta la tapa apolillada del ataud, en un brusco impulso de adoración y curiosidad nos inclinamos, fué un sentimiento de estupor amargo, de espanto frío, de fiero desencanto, lo que nos mantuvo inmóviles, antes cosas informes y hediondas que habían dejado la enfermedad, la destrucción y la muerte.

Un montón de huesos terrosos, unos jirones de telas incoloras, unos zapatos deformados é inútiles, un puñado de lana sucia y un cráneo grande, blanco, enseñando al espacio la ebúrnea herradura dental de los jóvenes y de los fuertes, era cuanto quedaba de Espronceda. Y me parecía un prodigio inexplicable, que de aquel cráneo vacío y sudoroso con la humedad de las tumbas, hubieran salido las admirables rimas de *El Diablo Mundo*, las gallardas estrofas de sus cánticos y leyendas.»

Algunos días atrás, el 17, se había efectuado la solemnidad de la Jura del rey. La corte ardía en fiestas... Y los señores que iniciaron el gran pensamiento del Panteón, pensaron muy discretamente que una procesión solemne, y más ó menos cívica, formada para acompañar las cenizas errantes del poeta por las calles más céntricas de la alegre y frívola ciudad, sería en el programa de las fiestas un número precioso... Y entre una bien organizada corrida de toros, y una función de gala en el teatro de la plaza de Oriente, se colocó la traslación de las cenizas de Espronceda. Y la épica

sombra del poeta revolucionario, pasó por la calle de Alcalá y la puerta del Sol, camino del Panteón de Hombres Ilustres, en medio de la apoteosis de la Monarquía...

Y ¿para qué?.. La lápida modesta del nicho de San Nicolás con el solo nombre de ESPRONCEDA, valía más que el Panteón. Para los hombres pequeños son los mausoleos suntuosos: para los grandes, basta con su nombre en una piedra. ¿Puede representar acaso el más duro granito la eternidad de *El Diablo Mundo*? Y ¿por qué—decían las Escrituras—se ha de buscar entre los muertos al que vive en la fama?.. El pobre poeta, que había sido excesivamente candoroso al exclamar un día:

«¡Sólo en la paz de los sepulcros creo!»

no está en el Panteón de Hombres Ilustres; está en nosotros. Y en medio de las renovaciones de la moderna sociedad, y en la aurora de un siglo que habrá de traernos, como la paloma del arca, el mensaje de la tierra redimida, las generaciones que avanzan, custodiando el sagrado depósito del progreso y la herencia de sus lágrimas, no olvidarán al gran poeta, y alzarán sobre su sepultura, espléndida ó humilde, pero consagrada por la gratitud, y bendecida por la esperanza, el altar sagrado en que se renueve la abatida fe, en tanto que el espíritu que animaba el mortal despojo, se remonta como mariposa fugitiva, peregrinando hacia la eterna patria, ó permanece en el seno de la

vida universal, para sostenernos y animarnos en la ascensión, tal vez sin fin, hacia la verdad y hacia la luz...

FÍN

INDICE

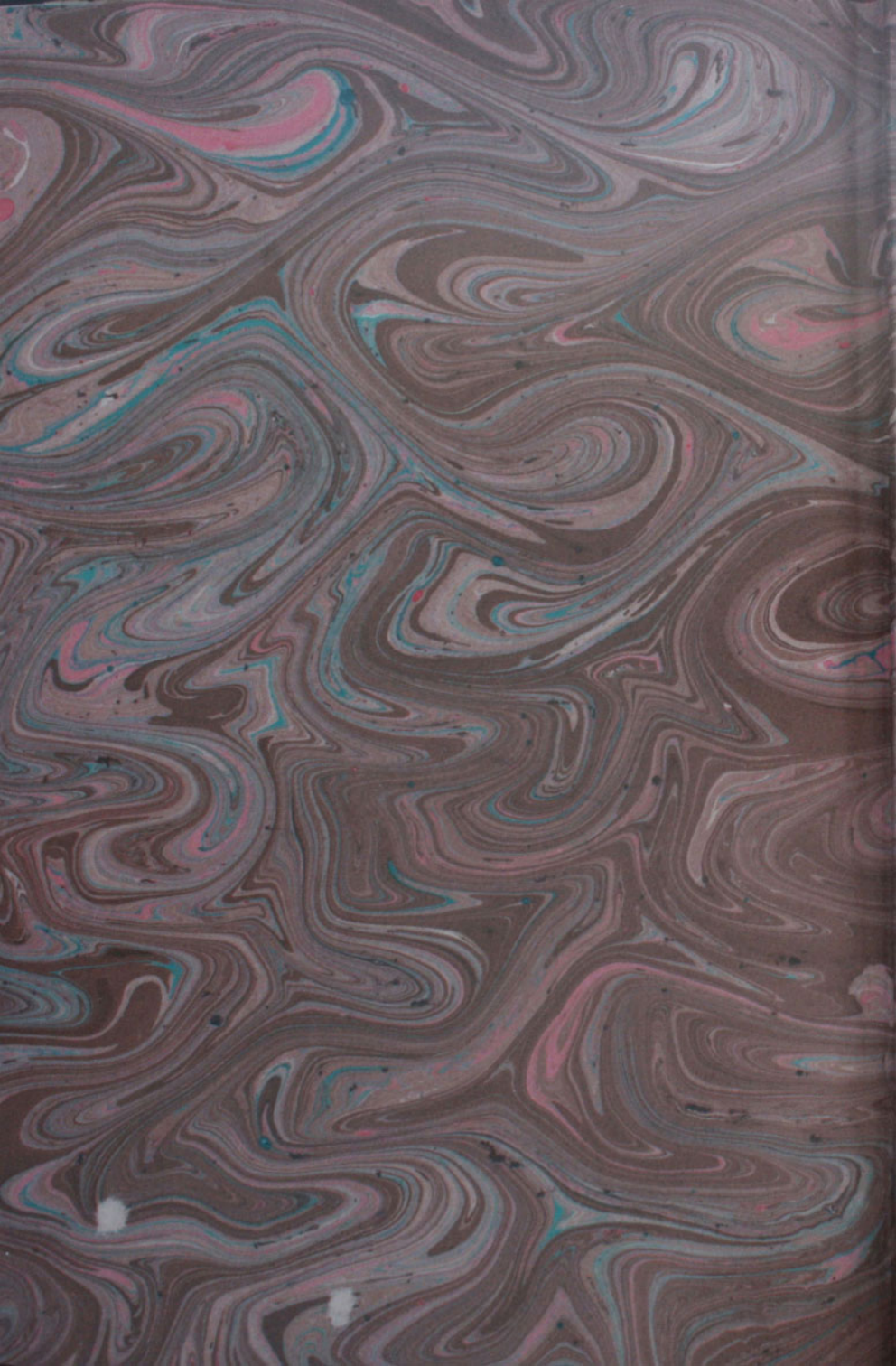
TEXTO

		PÁGS.
CAP.	I.—Donde y cuando nació	5
—	II.—La madre	12
—	III.—El maestro	21
—	IV.—Cómo se formó el patriota	33
—	V.—Dieciocho años de política	41
—	VI.—«El Pelayo»	71
—	VII.—En prosa	98
—	VIII.—En la lírica	110
—	IX.—El «Canto á Teresa»	165
—	X.—El «Sancho Saldaña» primitivo, y el «Sancho» ensanchado	219
—	XI.—En el teatro	251
—	XII.- «Isla yo soy de reposo»	287

GRABADOS

Casa donde nació Espronceda	8
D. Alberto Lista	25
Retrato de Espronceda	55
Sobre una mesa de pintado pino	137
El tío Lucas y Adán	148
Casa en la calle de Santa Isabel	209
Espronceda en la capilla mortuoria	295

Erratas principales que se han notado.

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
23	2	*alcanzando*	alcanzado
27	14	*matemáiicas*	matemáticas
27	14	*lliteratura*	literatura
73	22	XIII	XVII
149	2	*sircunda*	circunda
167	25	*esplendoa*	esplendor
256	10	*violencia*	violenta
260	19	*con Pedro*	don Pedro
262	26	*doña Leonor*	doña Juana
270	4	*oleraria*	toleraria
274	32	*o de Satanás*	Hijo de Satanás
278	26	*Déjeme*	Déjame

Terminada la impresión de este libro el día 5 de Abril de 1906.